

# el proletario

partido comunista internacional (el programa comunista)

---

---

## *Partido y clase*

---

---

### 1. Partido y clase en la doctrina marxista

- Tesis sobre el papel del partido comunista (1920)
- Partido y clase (1921)
- Partido y acción de clase (1921)

## Partido comunista internacional

**LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO:** la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del «socialismo en un solo país» y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo «lucharmadista»; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

### ¡LEAN, DIFUNDAN, SOSTENGAN LA PRENSA INTERNACIONAL DEL PARTIDO! ¡SUSCRÍBANSE!

#### - el proletario -

**Órgano del partido comunista internacional.** Precio del ejemplar: Europa : 1,5 €; 3 FS; América latina: US\$ 1,5; USA y Cdn: US\$ 2.

#### «el programa comunista»

**Revista teórica en lengua española** - Precio del ejemplar: 3 € / 8 FS / £ 2 / 20 Krs. / América latina: US \$ 1,5 / USA et Cdn: US \$ 3 - Precio de solidaridad: 6 €, 16 FS, £ 4 / 40 Krs. / América latina: US \$ 3 / USA et Cdn: US \$ 6

#### Suplemento a «el programa comunista»

Precio del ejemplar: Europa: 1 € / América del Norte: US \$ 1 / América Latina: US \$ 0,5

#### - Il comunista -

**Periódico bimestral.** Precio del ejemplar: 1 €; £ 1; 5FS; Suscripción: 8 €; £ 6; 25 FS; Suscripción de solidaridad: 16 €; £ 12; 50 FS.

#### - Le prolétaire -

**Periódico bimestral.** Precio del ejemplar: 1 €; £ 1; 3FS; 350 CFA. Suscripción: 7,5 €; £ 10; 30FS; 1'500 CFA. Suscripción de solidaridad : 15 €; £ 20; 60FS; 3'000 CFA

#### - Programme communiste -

**Revista teórica.** Precio del ejemplar: : 4 €; £ 3; 8FS; 1'000 CFA.; América latina: US\$ 2; USA y Cdn: US\$ 4 Suscripción: El precio de 4 ejemplares. Suscripción de solidaridad: 40 €; £ 20; 80FS; 16'000 CFA.; América latina: US\$ 10; USA y Cdn: US\$ 40

#### - Proletarian -

**Suplemento al «le prolétaire».** Precio del ejemplar: 1 €, £ 1, 3 CHF.

## - Sumario -

<b>Nota preliminar</b>	<b>1</b>
<b>Prefacio</b> (Del prefacio de la edición en español de 1974)	<b>2</b>
<b>Tesis sobre el papel del partido comunista en la revolución proletaria</b> (Resolución del IIº Congreso de la Internacional Comunista, 1920)	<b>16</b>
<b>Partido y clase</b> (De <i>Rassegna Comunista</i> , año I, nº 2 del 15 de abril de 1921)	<b>26</b>
<b>Partido y acción de clase</b> ( <i>Rassegna Comunista</i> , nº4, 31 de mayo 1921)	<b>32</b>

# Nota preliminar

Con este primer opúsculo republicamos en castellano los textos fundamentales sobre la gran y central cuestión: **Partido y clase**. Estos textos habían aparecido ya en 1.974 en un único volumen (el nº 2 de la serie «Los textos del Partido Comunista Internacional») titulado *Partido y Clase*, volumen que se agotó ya hace mucho tiempo.

Para que su disponibilidad sea más inmediata y práctica, los hemos reunido por temas, subdividiéndolos en tres opúsculos:

1. **Partido y clase en la doctrina marxista**, compuesto por:
  - Tesis sobre el papel del partido comunista en la revolución proletaria, Internacional Comunista, II Congreso 1.920;
  - Partido y clase (Partido Comunista de Italia, abril de 1.921);
  - Partido y acción de clase (Partido comunista de Italia, mayo de 1.921)
2. **Partido de clase y dictadura proletaria**, compuesto por:
  - Dictadura proletaria y partido de clase (Partido Comunista Internacionalista, 1.951);
  - Teoría y acción en la doctrina marxista (Resumen de la Reunión de Roma del 1 de abril de 1951) (Partido Comunista Internacionalista, 1.951) - I. La inversión de la praxis en la teoría marxista - II. Partido revolucionario y acción económica - Apéndice;
  - El Programa revolucionario inmediato (Partido Comunista Internacionalista, 1.952)
3. **Fuerza, violencia, dictadura en la lucha de clase**, compuesto por:
  - Fuerza, violencia, dictadura en la lucha de clase (Partido comunista internacionalista, 1.946-48);
  - El principio democrático (Partido Comunista de Italia, 1.921);
  - Invariancia histórica del marxismo (Partido Comunista Internacionalista, 1.952)

# Prefacio

## (Del prefacio de la edición en español de 1974)

Se encontrarán en este primer opúsculo las «*Tesis sobre el papel del Partido Comunista en la revolución proletaria*» aprobadas en el II Congreso de la III Internacional, en 1920, acompañadas de nuestros comentarios, así como de dos textos de la Izquierda Comunista «italiana» (1) sobre el mismo tema, publicados en 1921 cuando todo el Partido Comunista de Italia estaba alineado sobre nuestras posiciones Partido y clase y Partido y acción de clase.

La perfecta concordancia de estos textos - declaraciones y armas de lucha - salta a la vista, aun para quien ignora que el representante de la Izquierda italiana trajo al IIº Congreso de la Internacional Comunista la adhesión incondicional de su corriente.

Estos textos tienen en común la afirmación del papel primordial del Partido, no solo en la preparación y en la realización de la conquista revolucionaria del poder, sino también en el ejercicio de la dictadura proletaria - puesto que la guerra entre las clases, en lugar de atenuarse después de la revolución, se agudiza y se extiende a escala mundial.

Todos ellos condenan las corrientes de diferentes orígenes y naturaleza que - como veremos más adelante - niegan ese papel. Por esta condenación, la Izquierda italiana se sitúa en la línea de las luchas de Marx y Engels contra el proudhonismo y contra su heredero, el bakuninismo, expresiones típicas y recurrentes de esas bastardas «semi-clases» que obran directamente en sentido contrario al devenir histórico objetivo del modo de producción capitalista y, por consiguiente, a las exigencias de su superación revolucionaria.

Todos ellos reconocen - de acuerdo con la definición de la naturaleza y del papel del partido - la necesidad de una rígida centralización, y rechazan tanto la autonomía de las organizaciones locales del Partido mismo como la pretensión de las formas *inmediatas* del movimiento obrero (sindicatos, consejos de fábrica, cooperativas, etc.) a la neutralidad política, es decir, a la «independencia de cualquier partido político».

Sin embargo, los textos de la Izquierda van más lejos en la definición de las nociones de Partido y de Clase y, paralelamente, de las tareas del Partido como guía organizada de la clase.

Por de pronto, tomando una fórmula lapidaria del *Manifiesto del Partido Comunista*, ellos afirman y desarrollan el concepto de que la clase existe **verdaderamente**

---

(1) El adjetivo «italiana», referido a la corriente de Izquierda del Partido Comunista de Italia, no se entiende en el sentido *nacionalista* del término, sino en el sentido político *internacionalista* porque todas las bases teóricas, los principios, las líneas políticas y tácticas fundamentales, los criterios organizativos y los comportamientos prácticos sobre diversos terrenos de intervención respondían a la visión y a la impostación internacionalista característica del marxismo y de esta corriente, formada en Italia, seguida, aplicada y defendida durante todo su recorrido histórico. No es por casualidad que, el partido, constituido en 1921, se llamaba Partido Comunista de Italia -sección de la Internacional Comunista. Cambió su nombre por el de Partido Comunista Italiano cuando renegó en la teoría y en la práctica de la visión y de la impostación internacionalista.

como tal **solo** cuando ha dado nacimiento al Partido, es decir, cuando de simple agregado estadístico de individuos mancomunados por la identidad o por la analogía de sus posiciones en el proceso productivo, se ha vuelto una fuerza unitaria tendente hacia un objetivo final y consciente de la vía histórica que conduce a él sólo en cuanto ha expresado en su seno el Partido: «organización del proletariado en clase - dice el *Manifiesto* - y por tanto en partido político». Algunos meses antes del II Congreso mundial, la Fracción Comunista Abstencionista del Partido Socialista Italiano (2) condensaba este concepto en la fórmula siguiente: «*La lucha revolucionaria decisiva del proletariado directa contra el Estado burgués (...) es el conflicto de toda la clase proletaria contra toda la clase burguesa. Su instrumento es el partido político de clase, el Partido Comunista, que realiza la organización consciente de esa vanguardia del proletariado que ha comprendido la necesidad de unificar su propia acción, en el espacio, por encima de los intereses particulares de grupos, categorías o nacionalidades, y en el tiempo, subordinando al resultado final de la lucha las conquistas y ventajas parciales que no golpean la esencia de la estructura burguesa. Así pues, es solo la organización en partido político la que realiza la constitución del proletariado en clase que lucha por su propia emancipación*», o podríamos añadir con Marx, en «*clase no ya para el capital, sino para sí*» (*Miseria de la Filosofía*).

En este sentido, **el mismo que el de los Bolcheviques**, la Izquierda prefirió desde esa época definir el partido no como una «parte» (aun de vanguardia) de la clase obrera, sino como un «órgano» de ésta: esta definición es mucho más satisfactoria, pues no se presta a una interpretación estadística del partido, y lo caracteriza como una fuerza que *sintetiza* los innumerables impulsos revolucionarios suscitados por las condiciones materiales de vida de la fuerza de trabajo en la sociedad capitalista, y como la forma real de la constitución del proletariado en clase, y después en clase dominante, a través de la toma del poder y del ejercicio de la dictadura sobre la clase vencida.

No se trataba de escrúpulos académicos ni de sutilezas terminológicas. La importancia de la distinción no apareció en la época, cuando toda la Internacional formaba un frente homogéneo de batalla teórica y práctica, sino solo más tarde, cuando el reflujó de la ola revolucionaria mundial y con el oportunismo que empezaba a infiltrarse en el estado mayor internacional de la revolución comunista, la potente construcción de las *Tesis sobre la función del Partido* fue atacada. Al principio se pretendió que, como «parte» de la clase obrera, el partido no estaría ya definido por su trayectoria histórica - es decir, por su programa, su estrategia, su visión de los problemas tácticos y organizativos - sino por su composición social «proletaria», en el sentido mecánico y estático del término (3); y después se decretó que, como «parte», el Partido debía adaptarse a los cambios del «todo», a las reacciones contingentes del proletariado a

---

(2) Cfr. *In difesa della continuità del programma comunista*, pg. 9-23, o la edición francesa *Défense de la continuité du programme communiste*, pg. 9-26.

(3) Con anterioridad, en 1921, con vistas al III Congreso de la Internacional, la Izquierda había reaccionado frente a la pretensión de evaluar la eficacia y la capacidad de influencia del Partido no ya en base a la férrea continuidad de sus posiciones programáticas y de su acción práctica, y a la sólida disciplina de su organización (en lo cual reside su verdadera fuerza), sino en base al criterio cuantitativo y mecánico de la consistencia numérica o, lo que es aun peor, del logro de la conquista de la «mayoría de la clase obrera». (Cfr. El texto *Partido y Acción de Clase*).

las vicisitudes de la lucha de clases, abandonando así, poco a poco, sus posiciones de principio. Se recayó pues, por un lado, en la concepción «industrialista» que las Tesis de 1920 habían condenado al rechazar la fórmula del «partido que debe asumir un carácter proletario», y, por otro lado, en la subordinación del Partido a la verdadera o presunta «voluntad de la masa», aun si estuviese influenciada temporariamente en un sentido reaccionario por situaciones negativas, cuando las Tesis de 1920 había revelado en esa política el origen de la capitulación de los partidos de la IIª Internacional frente al enemigo de clase y a su guerra imperialista.

Reiteremos que este no era el pensamiento de Lenin y de la gloriosa vieja guardia bolchevique, lo que puede verse en cada línea de las Tesis, pero la insistencia puesta por la Izquierda en exigir que los conceptos teóricos como las consignas prácticas sean definidos con la mayor claridad (aunque se corriese el riesgo de un cierto esquematismo) para evitar todo equívoco y toda deformación, pone de relieve otro punto que ella reivindica constantemente en el seno de la Internacional: las fórmulas utilizadas por el Partido no son medios «neutros» ni «indiferentes», sino fuerzas reales que condicionan al propio Partido pueden ser un coeficiente de la dirección exacta, o bien, el caso contrario, pueden ser un factor de su alejamiento del programa, de los intereses generales de la clase y, por consiguiente, de su papel histórico.

Las tesis de 1920 han definido ese papel distinguiendo la forma-partido de las otras formas, necesarias pero subordinadas, del movimiento obrero, en el sentido que el partido posee la conciencia de la misión histórica del proletariado y la «visión general» del camino que éste *deberá* recorrer, más allá de las vicisitudes diversas, y a menudo contradictorias, de una lucha gigantesca. De esa concepción, las Tesis han hecho derivar un conjunto de reglas de organización fundadas -con el acuerdo total de la Izquierda- sobre criterios de la máxima centralización del aparato de partido. Era necesario definir esas reglas y codificar esos criterios; pero, para la Izquierda, no bastaba con esto para «darnos el partido del que tenemos necesidad». La centralización y la disciplina no son más que la otra cara de la unicidad y de la invariancia del programa: la Izquierda se ha batido durante años para que la teoría y el programa del Partido *mundial* del proletariado sean establecidos de manera *unívoca e inmutable*, y para que se codifiquen las *grandes eventualidades* tácticas de las cuales el Partido debe poseer la noción de antemano (4), y cuya solución, conocida por todos y obligatoria para todos, no puede ni debe ser dejada al azar ni a la arbitrariedad de «opciones» nacionales, locales, contingentes o personales. El respeto del vínculo dialéctico entre centro y periferia, entre dirigentes y «militantes de base», entre generaciones pasadas, presentes y futuras del movimiento comunista, entre la Internacional y las secciones «nacionales», es la clave de una centralización y de una disciplina que no son mecánicas ni exteriores, sino que representan la expresión viva de una fuerza real, la del partido, que se mueve como una bloque *único* hacia un objetivo único (5).

---

(4) Un ejemplo de esta precisión y «codificación» de la táctica del partido en los grandes acontecimientos históricos se encuentra en las *Tesis de Roma* (1.922) republicadas ya en los citados volúmenes.

(5) Se nota que en esto la Izquierda ve también la solución del complejo problema del funcionamiento organizativo del Partido en su indispensable estructura vertical y jerárquica: solución que la fórmula del «centralismo democrático» era y es, por ella misma, incapaz de dar. La «garantía» -dentro de los límites en los cuales una garantía puede darse- del buen

Aflojad las mallas del programa, dejad la puerta abierta a la «opción» local de los medios tácticos, haced depender la conquista de la *necesaria* influencia del partido sobre las más amplias capas de la clase obrera de la utilización de expedientes «imprevistos» y no perfectamente acordes con los objetivos estratégicos del movimiento (como se empezó a hacer en 1922, y cómo la Izquierda supo presentir el peligro ya en 1921), y habréis destruido la base misma de una centralización auténtica y de una verdadera disciplina. Dad todavía un paso más y no os quedará -para reunir a los miembros esparcidos de un partido mundial que no es ya homogéneo desde el punto de vista programático y táctico- más que aplicar de manera formal y exterior una disciplina «burocrática», fundada sobre las sanciones materiales de un aparato de estado represivo: no tendréis ya más disciplina, sino el terror disciplinario sobre el partido; ni centralización, sino el régimen estaliniano.

Para dirigir la revolución proletaria, lo que es necesario no es un partido *cualquiera*, cuya estricta disciplina lo hace disponible para *cualquier* causa, sino un partido centralizado y disciplinado, en el centro y en la periferia, en el respeto, la defensa y la ejecución de un plan de lucha *previsto y codificado*. Trotsky no decía otra cosa en sus *Lecciones de la Comuna de París* (1920): «Sólo con la ayuda de un partido que se apoya sobre todo su pasado histórico, que prevé teóricamente el curso del desarrollo y todas las etapas sucesivas, y que saca de ellas la forma de acción más correcta en cada momento dado, sólo con la ayuda de un partido parecido el proletariado puede liberarse de la necesidad de volver a empezar siempre su misma historia, sus mismas vacilaciones, sus mismas indecisiones y sus mismos errores». Esta capacidad de previsión, que condiciona la de apuntar al blanco en todo momento, sin vacilaciones, sin tanteos, sin recaer en los errores pasados -y por lo tanto con el máximo de centralización y disciplina - había hecho la gran fuerza del Partido ruso. Incumbió a la Izquierda recordárselo a los propios bolcheviques.

\* \* \*

Las tesis fundamentales de 1920, elaboradas para distinguir con la mayor claridad la posición comunista, frente a todos esos problemas, de la actitud de los revisionistas, tanto de derecha (reformistas socialdemócratas y laboristas) como de izquierda (sindicalistas revolucionarios y anarquistas) guardan toda su importancia histórica, y tanto más hoy cuanto que el oportunismo pequeñoburgués ha invadido por todas partes. Arma de lucha, instrumento de polémica teórica y de combate político, las Tesis de 1920 se sitúan completamente en la línea de la gran tradición marxista, como

---

(5 continuación)  
funcionamiento de la organización centralizada del partido, reside no ya en el «accidente» de las elecciones de los órganos superiores por parte de los inferiores, o de la consulta democrática de la base como práctica normal y corriente, sino en el lazo único e uniforme que dialécticamente une «centro» y «base» al programa conocido por todos y a sus implicaciones tácticas «cerradas», que los vinculan a ambos. Más allá de los límites de espacio y tiempo. Tal es el sentido del «centralismo orgánico» teorizado por la Izquierda desde 1.921 (como se ve en el texto sobre *El principio democrático*) donde la «disciplina» y la «confianza» al centro del Partido, provienen de que éste constituye el órgano *técnico* indispensable para la aplicación unitaria y constante de normas fijas y conocidas por la base y no el depositario de una «sabiduría» superior, ni de la capacidad de «descubrir» soluciones originales a problemas «nuevos».

demostraremos en seguida.

Un año después de la demolición el proudhonismo -matriz común a todas las variantes ulteriores del socialismo pequeñoburgués y gradualista- el *Manifiesto de 1848*, antes de hacer en su última sección una crítica detallada de todas las «escuelas» y tendencias aberrantes, vuelve a trazar en una síntesis grandiosa las etapas sucesivas que el proletariado recorre dialécticamente en el camino atormentado de su organización en clase: desde el estadio en que «los trabajadores forman una masa diseminada a través de todo el país y desmenuzada por la competencia», hasta aquel en el cual «el resultado *verdadero* de sus luchas» (en cuanto se distingue de su «éxito inmediato») es el de «centralizar las numerosas luchas locales con idéntico carácter en una lucha nacional (y después «internacional»), en una lucha de clase»; por consiguiente, desde las luchas económicas y las agitaciones inmediatas hasta la lucha de clase abierta («*toda lucha de clases es una lucha política*») y luego a «*la organización del proletariado en clase y por lo tanto en partido político*».

Ya se ve claramente que la línea que va del *Manifiesto de 1848* a las Tesis de 1920 es una línea ininterrumpida: condena de todo individualismo y de todo localismo, como de todo apoliticismo y apartidismo, afirmación de que el proletariado obra realmente como clase histórica sólo cuando se constituye en partido político.

Es notorio que el *Manifiesto* no habla de «dictadura», aunque la idea esté implícitamente contenida en la fórmula de «clase dominante», lo que presupone una clase «dominada», y en la de «intervenciones despóticas en el derecho de propiedad y en las relaciones de producción burgueses», a las cuales deberá recurrir el poder político del proletariado victorioso como «medio para revolucionar todo el modo de producción», aun si, al principio, esas medidas pueden «parecer económicamente insuficientes e insostenibles». El principio de la «dictadura del proletariado» se precisa en el curso de las grandes batallas de 1848-1849 y de los años siguientes (6). Aun antes de la famosa carta a Weydemeyer de 1852, retomada por Lenin en *El Estado y la Revolución* como clave de bóveda de la doctrina marxista del Estado, el estatuto de la Liga de los Comunistas redactado por Marx en abril de 1850 contiene en su primer artículo esta fórmula lapidaria: el objetivo de la Liga es «el abatimiento de todas las clases privilegiadas, la sumisión de estas clases a la dictadura de los proletarios, por la cual la revolución es mantenida en permanencia hasta la realización del comunismo», fórmula que contiene los dos conceptos inseparables de la necesidad de la toma violenta y dictatorial del poder, no como punto de llegada sino como punto de *partida* de una lucha de clase cada vez más vasta y extensa en el espacio y en el tiempo, y, por lo tanto, la necesidad de un órgano de centralización y de guía: el Partido político (7).

Verdad es que el segundo concepto no está formulado *explícitamente*. Pero lo

---

(6) Recordemos el magnífico grito de la *Neue Rheinische Zeitung* después de la represión de la insurrección de Viena, el 7 de noviembre de 1.848: «El propio canibalismo de la contra revolución esparcirá en las masas la convicción de que no existe más que un **solo medio** apto para concentrar, **abreviar** y simplificar los espasmos de una vieja sociedad agonizante y los sangrientos dolores del parto de una nueva sociedad: **el terror revolucionario**»

(7) La misma idea reaparece bajo otra forma en *Las luchas de clases en Francia* (Tercer cuaderno, marzo de 1.850): «[...] El *Proletariado* se agrupará cada vez más en torno del *socialismo revolucionario*, en torno del comunismo, para el cual la propia burguesía ha inventado el nombre de *Blanqui*. Ese socialismo es la *declaración de la revolución permanente*, la *dictadura de clase* del proletariado, como punto de transición necesario para llegar a la

será, luego de un largo combate polémico no ya contra los reformistas y los gradualistas, sino contra los anarquistas. Al final de ese período, en el Congreso de la Asociación Internacional de los Trabajadores (La Haya, 1872), Marx añadirá a los *estatutos* de 1864 el crucial artículo 7 a): «En su lucha contra el poder unificado de las clases poseedoras, *el proletariado sólo puede obrar como clase constituyéndose en partido político autónomo*, que se opone a todos los otros partidos constituidos de las clases poseedoras». Y precisa a continuación: «*Esta constitución del proletariado en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y la realización de su objetivo final: la supresión de las clases*». (En perfecta coherencia con esta posición, las Tesis de 1920 dirán: «la necesidad de un partido político del proletariado sólo desaparece con la supresión completa de las clases») (8).

En 1873, Engels vuelve sobre la cuestión en una carta a las secciones italianas de la Internacional, influenciadas todavía por las concepciones anti-estatismo y anti-partidismo bakuninistas. La fórmula es inequívoca: «Una revolución es la cosa más autoritaria que pueda existir. Es el acto por medio del cual una parte de la población impone su voluntad a la otra parte mediante fusiles, bayonetas, cañones y todos los medios autoritarios a disposición; y *el partido victorioso, si no se ha quiere haber combatido en vano, debe mantener esa dominación por el terror que las armas inspiran a los reaccionarios*». Es la lección de la Comuna de París. Y de allí Engels concluye: «Una de dos: o los antiautoritarios que, no lo olvidemos, niegan tanto el Estado como el Partido] no saben lo que dicen, y en ese caso siembran sólo la confusión; o lo saben, y en ese caso *traicionan* el movimiento del proletariado. En uno y otro caso, *sirven a la reacción*» (De la Autoridad) (9).

La serie de las etapas ascendentes está así grabada por Marx y Engels con una

---

(7 continuación)

*supresión de las diferentes clases* en general, a la supresión de todas las relaciones sociales que corresponden a esas relaciones de producción, al trastocamiento de todas las ideas que emanan de esas relaciones sociales». Y Marx insistirá en la *Crítica del programa de Gotha*, el 5 de mayo de 1.875: «Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista se sitúa el periodo de la transformación revolucionaria de la una en la otra. A este periodo corresponde igualmente una fase de transición política, donde el Estado solamente puede ser **la dictadura revolucionaria del proletariado**»

(8) La teoría marxista es un bloque único y permanece como tal desde su nacimiento hasta la victoria definitiva; lo único que ella espera de la historia es el ser aplicada con un rigor cada vez más grande y, por lo tanto, *ver mejor grabadas sus líneas inmutables* en el programa del partido de clase. Para confirmar una vez más esa invariancia, recordemos que Marx, en su discurso para el séptimo aniversario de la Iª Internacional (1.871), unía el principio de la dictadura proletaria y, por lo tanto, del terror, a la reivindicación de una dirección centralizada de la lucha de clase transformada en *batalla campal* a escala mundial: «Antes de realizar una transformación socialista, es preciso una dictadura del proletariado, el ejército proletario es una condición primordial de esta. La clase obrera deberá conquistar en el campo de batalla el derecho a su propia emancipación. El papel de la Internacional es el de organizar y concentrar las fuerzas productivas para el combate que le espera»

El problema será planteado a los bolcheviques en términos históricos *materiales*, y es en la línea invariante de la doctrina marxista que nacerá el Ejército Rojo, provocando los gritos de indignación de los reformistas y de los anarquistas.

(9) El 18 de diciembre de 1,899, Engels reafirmaba con su claridad habitual a G. Trier:

nitidez de contornos a la que las confirmaciones traídas por las luchas de ciento cincuenta años de historia sólo darán un relieve aún más acentuado. Primero, las luchas locales, esparcidas e inorgánicas, suscitadas por las condiciones de vida inmediatas de los trabajadores asalariados; luego, su transformación y su centralización en luchas de clase generalizadas, nacionales e internacionales, y por lo tanto en luchas políticas; constitución de la clase proletaria en *clase* mediante el órgano de esa centralización, el partido político; constitución de la clase proletaria en clase dominante a través de la revolución violenta y del mantenimiento de esa dominación por el terror rojo bajo la dirección el Partido; por último, desaparición del proletariado como clase y, por lo tanto, desaparición del partido político, con la realización del comunismo integral.

\* \* \*

Los otros dos textos contenidos en este opúsculo, *Partido y clase* y *Partido y acción de clase*, fueron publicados en *Rassegna Comunista*, revista del «Partido Comunista de Italia, sección de la Internacional Comunista», en el nº 2 (15 de abril) y en el nº 4 (31 de mayo). Escritos por Amadeo Bordiga, manifestaban la total homogeneidad del partido fundado en Livorno en enero de 1.921 y la perfecta coherencia con las Tesis de la Internacional Comunista sobre el papel del partido comunista en la revolución proletaria, aquí publicado como primer texto.

En el primero, *Partido y clase*, se deja claro que el partido político de la clase proletaria no puede comprender en sus filas sino *una parte* de la clase misma, por lo tanto, no a su mayoría, término este que reporta a una concepción estadística o sociológica de la sociedad y de sus componentes, por lo tanto no dialéctica. El método dialéctico, de hecho, ve la historia no como una fotografía instantánea, sino «como una película cinematográfica que desarrolla una tras otra sus escenas; y es en las características del movimiento de estos que la *clase* es hallada y reconocida». El concepto de clase es, por lo tanto, dinámico y no estático. Todos recordamos las famosas frases del *Manifiesto* de Marx-Engels en las cuales se afirma que *toda lucha de clase es lucha política* y que la organización de los proletarios *en clase* es, en realidad, la organización de los proletarios *en partido político*. De las que se deduce que el concepto de *clase* lleva directamente al concepto de *partido* político. La *clase*, según el marxismo, no es la simple suma de individuos colocados en condiciones sociales similares ni la clasificación de individuos insertos en determinadas funciones en el interior de la sociedad, en grupos fijos desde el punto de vista económico, social, político, ideológico. La clase - término de origen latino, *classis*, es decir flota, escuadra naval de guerra, que el marxismo ha hecho propio - reclama directamente «el movimiento y el combate: una unidad que actúa de manera conjunta, van en la

---

(9 continuación)

«Estamos de acuerdo con el hecho de que el proletariado sólo puede conquistar el poder político - la única puerta de acceso a la nueva sociedad - mediante una revolución violenta. Pero para que el proletariado sea bastante fuerte como para vencer en el momento decisivo, es necesario que se constituya en partido autónomo, en partido de clase consciente, separado de todos los otros y opuesto a ellos. Es lo que Marx y yo no hemos dejado de sostener jamás desde el *Manifiesto* de 1.848.

misma dirección, se enfrentan al mismo enemigo»(10). Por esto, cuando se habla de *clase* proletaria, en sentido marxista, en realidad se habla del movimiento histórico de los grupos humanos mancomunados por las mismas condiciones económicas y sociales de trabajadores asalariados en lucha contra las mismas condiciones económicas y sociales, por lo tanto en lucha contra el trabajo asalariado y, por lo tanto, contra el dominio de clase burgués que le somete a esas condiciones. Un movimiento histórico del cual sólo *una parte* - y en los periodos desfavorables a la lucha revolucionaria, sólo una pequeñísima parte - de la vasta clase proletaria tiene conciencia y forma el componente físico del partido comunista revolucionaria. En la época en la cual se escribieron estos textos, en polémica con la concepción por la cual el partido de clase, para tener influencia determinante y poder vencer en la lucha contra los poderes burgueses debería contener en su seno a la mayoría de la clase proletaria, por parte de la Izquierda comunista de Italia se usaban indistintamente los términos *parte* y *fracción* de la clase. En verdad, dado que el término «fracción», utilizado en sentido político, reporta más directamente a un concepto de ruptura o escisión más que a un concepto aritmético, preferimos, en este caso, el término parte también porque los proletarios que forman el partido de clase no se escinden de la clase proletaria para devenir cualquier otra cosa; son siempre proletarios, pero proletarios que han adquirido «una especial capacidad de entender la perspectiva de la historia» que asumen la tarea de «importar» en su propia clase esta «perspectiva de la historia», por lo tanto, las lecciones de las experiencias de las luchas de clase pasadas, de las cuales sólo el partido está en condiciones de realizar los balances y disponerlos para la lucha de clase y revolucionaria.

Se remacha, sin giro de palabras, que «un partido vive cuando viven una doctrina y un método de acción. Un partido es una escuela de pensamiento y por lo tanto una organización de lucha. El primero es un hecho de *consciencia*, el segundo es un hecho de *voluntad*, más precisamente de tendencia a una finalidad» Y sólo el partido de clase, el partido político del proletariado, puede condensar estos dos caracteres.

El desarrollo de la sociedad capitalista significa, de hecho, no sólo innovación técnica y desarrollo económico, sino desarrollo de la explotación del trabajo asalariado por parte del capital, por lo tanto reforzamiento del dominio social y político de la clase burguesa y creciente opresión sobre la clase de los trabajadores asalariados, en todos los países. Este mismo desarrollo capitalista acumula factores de crisis económica y social agudizando las contradicciones sociales y poniendo, de hecho, las bases permanentes de la lucha entre las clases explotadas y la clase explotadora. Pero la historia de la lucha de clase del proletariado ha demostrado y continúa demostrando que mientras el partido de clase -pese a comprender sólo *una parte* de la clase- puede dar «unidad de acción y de movimiento» a la clase en su conjunto, «porque agrupa a aquellos elementos que, superando los límites de categoría y de localidad, *sienten y representan* a la clase». Por lo tanto, «la clase presupone al partido, porque para ser y moverse en la historia la clase debe tener una doctrina crítica de la historia y una finalidad a alcanzar en ella»

En el artículo se critica firmemente la desviación clásica del reformismo y las

---

(10) Cfr. il «*filo del tempo*», titulado *Danza di Fantocci: dalla Coscienza alla Cultura*, publicado en «il programma comunista», n. 12 de 1953; después recogido en el opúsculo del partido titulado *Classe, Partito, Stato nella teoria marxista*, mayo 1972.

tendencias de este derivadas del sindicalismo y del socialdemocratismo parlamentarista que llevan a la quiebra de la Segunda Internacional frente a la Primera Guerra Mundial. En síntesis, la degeneración socialdemócrata y obrerista del partido de clase había transformado a los partidos obreros de «vanguardias adelantadas de la clase» en una expresión mecánica suya en un sistema electoral y corporativo en el cual se daba el mismo peso y la misma influencia a los estratos menos conscientes y más dominados por egoísmos de la clase proletaria misma» Es conocido por los marxistas que la burguesía tiene todo el interés en «tener al proletariado en el terreno de las exigencias inmediatas y económicas que le interesan categoría por categoría» porque de esta manera «se hace un trabajo de conservación evitando la formación de aquella peligrosa conciencia «política» que es la única revolucionaria, porque señala al punto vulnerable del adversario: la posesión del poder». Como es sabido por los marxistas, «los conceptos de mayoría y del derecho de la mayoría a prevalecer sobre la minoría, transferidos al plano político, mantienen la democracia electiva burguesa». Esta, de hecho, hace propaganda y sostiene la «consulta de las masas, porque sabe que la mayoría responderá siempre a favor de la clase privilegiada y delegará en ella voluntariamente el *derecho* a gobernar y a perpetuar la explotación».

En el artículo no falta la crítica a las concepciones que pretender resolver, con una fórmula organizativa «el viejo problema de la antítesis entre las conquistas limitadas y graduales y la máxima realización del programa revolucionario», reclamando el eficaz concepto según el cual *la revolución no es una cuestión de formas de organización*. A tal claridad teórica no se le escapa que «la clase parte de una homogeneidad inmediata de condiciones económicas que aparecen como el primer motor de la tendencia a superar, a romper, el actual sistema productivo» para reafirmar que «para asumir esta parte grandiosa ella debe tener un pensamiento, un método crítico suyo, una voluntad que mire a aquellas realizaciones que la indagación y la crítica han indicado, una organización de combate que canalice y utilice con el mejor rendimiento los esfuerzos y los sacrificios. Y todo esto es el partido»

En el segundo artículo, *Partido y acción de clase*, estrechamente ligado al primero, se desarrollan las tareas históricas de la clase asalariada en su camino revolucionario, antes y después de la conquista violenta del poder político. Se subraya que, dada la experiencia histórica de la lucha de la clase proletaria en defensa de sus condiciones de existencia y por su emancipación de la explotación capitalista, el proletariado mismo tiene necesidad de la guía política de su partido de clase no sólo como guía de la preparación revolucionaria, como dirección estratégica de la revolución y como órgano que ejerce la dictadura de clase después de la conquista del poder político, sino también para la misma lucha de defensa sobre el terreno inmediato porque sin la guía del partido la clase proletaria por sí misma, aún organizada en los organismos de defensa inmediata, no está en condiciones de escapar completamente de la influencia ideológica y material de la clase dominante burguesa, permaneciendo prisionera inevitablemente de los egoísmos individuales y de categoría, prisionera por lo tanto de la competencia entre proletarios instalada y alimentada por la clase dominante burguesa y justificada por las corrientes del oportunismo. Esto no excluye una decidida importancia de las organizaciones económicas de defensa del proletariado, reconociendo a estos organismos, si están organizados para la lucha de clase y no para la colaboración de clase, la función primaria de unir las vastas masas proletarias y de «entrenarlas» en la lucha contra

los intereses burgueses, por lo tanto contra todo lo que conserva y refuerza la explotación del trabajo asalariado. Al mismo tiempo, el partido de clase es consciente del hecho de que a los proletarios no les bastará jamás la lucha instintiva contra las condiciones de malestar y de falta de medios en que viven bajo el régimen de explotación capitalista para dar el salto de calidad desde la lucha sobre el terreno económica a la lucha, no sólo sobre el terreno genéricamente político, sino sobre el terreno revolucionario, es decir, sobre el terreno del enfrentamiento de clase abierto y total que tiene por objetivo la toma del poder político, la destrucción del Estado burgués, la instauración de la dictadura proletaria, la guerra revolucionaria contra cualquier tentativa de restauración burguesa interna y externa y la extensión a nivel mundial de la revolución proletaria.

Se afirma, en este artículo, que el proletariado en cuanto única clase revolucionaria en la moderna sociedad burguesa, puede y podrá afrontar los problemas de su revolución y de su dictadura sobre todo gracias a su partido de clase y que este último es el órgano indispensable para resolverlos, como demostró sin sombra de dudas las Revolución de Octubre de 1.917 y los primeros años de dictadura de clase por parte del partido bolchevique de Lenin.

No sólo el proletariado tiene necesidad de una preparación revolucionaria para que su propia lucha de defensa inmediata pueda llegar a ser lucha política revolucionaria; tiene necesidad también del partido de clase y la misma historia de las luchas de clase y del movimiento comunista internacional ha demostrado que el partido que mejor representa el objetivo histórico de la revolución proletaria y que está mejor preparado para guiar al proletariado en la revolución y en la dictadura de clase, es aquel partido que ha comenzado mucho antes de la revolución «a constituir el cuerpo de sus doctrinas y sus experiencias». Se lee, de hecho, que «la tarea indispensable del partido se explica de dos modos, como hecho de conciencia humana en primer lugar y después como hecho de voluntad; traduciéndose la primera en una concepción teórica del proceso revolucionario que debe ser común a todos los adherentes; la segunda en la aceptación de una precisa disciplina que asegure la coordinación y por lo tanto el éxito de la acción»

Todo esto no debe interpretarse como si bastase la existencia del partido de clase para garantizar el éxito de la lucha de clase proletaria; como si el movimiento de clase fuese determinado por un desarrollo gradual y progresivo hacia la revolución y la toma del poder político. Decir que para la lucha proletaria de emancipación del trabajo asalariado, y por lo tanto del régimen capitalista y del modo de producción capitalista, es indispensable la guía del partido de clase no significa decir que esto será suficiente para garantizar el éxito de la lucha.

Son muchos los factores que concurren en el éxito del movimiento revolucionario, pero no puede faltar el factor-partido-de-clase, sólido teóricamente y templado en las batallas de clase conducidas a lo largo del tiempo.

La «la crisis revolucionaria» no puede ser sino generada por las crisis sociales en las cuales las contradicciones económicas, sociales, políticas de la sociedad se agudizan a la vez poniendo en movimiento tempestuoso a todas las clases y a todos los estratos sociales. Las masas proletarias, en las crisis del régimen determinadas casi siempre por la guerra, son lanzadas en todas direcciones; pero ay del partido de clase si cayese en la convicción de que las mismas contradicciones y la misma crisis de la sociedad burguesa esclarecerán por sí mismas la situación llevando a las clases contrapuestas a tomar automáticamente posiciones las unas contra las otras. Toda la



historia pasada demuestra que durante sus crisis, el capitalismo, y por lo tanto la clase dominante burguesa, reacciona decuplicando sus propias fuerzas de conservación social, movilizandolas todas las fuerzas económicas, sociales y políticas en defensa de la conservación social. El ejemplo de la quiebra de los partidos de la Segunda Internacional frente a la primera guerra imperialista, con el paso de los socialdemócratas al campo del social patriotismo y del social imperialismo, demuestra que, no obstante la crisis del régimen burgués, la influencia sobre el proletariado de las tendencias oportunistas y colaboracionistas sobrevive largo tiempo, actuando para sabotear la lucha de clase proletaria. Por lo tanto, un motivo más para que el partido de clase se prepare largamente para su tarea principal: guiar al proletariado en la revolución y en la dictadura de clase, sacando todas las lecciones de la historia de las luchas de clase y, en particular, de las derrotas del proletariado y del movimiento comunista. El marxismo, sostendrá la Izquierda comunista de Italia, es más la teoría de las contra revoluciones que de las revoluciones.

En el artículo, mientras se evidencia la importancia histórica de la reciente constitución de la IIIª Internacional, se evidencia la necesidad de ser completamente intransigente al evaluar a los partidos y los elementos que –sobre la onda de la victoriosa revolución rusa y del crecimiento del movimiento revolucionario a nivel internacional- se han adherido a ella o intentan hacerlo. Como ya en 1.920 la Izquierda comunista de Italia insistió en volver más rígidas e intransigentes las condiciones de adhesión a la Internacional Comunista, así en 1.921 y en otros años, insistirá en subrayar que «la Internacional comunista debe considerar con la mayor desconfianza a todos los elementos que se le acercan con reservas teóricas y tácticas» En el artículo se subraya que las masas, por las cuales se polemizaba con partidos numéricamente grandes o pequeños, junto con su conciencia teórica, programática y táctica, «jamás encontraran un baluarte tan seguro de su conciencia de clase y de su potencia, como cuando los antecedentes del partido hayan marcado una continuidad de movimiento hacia los objetivos revolucionarios, aun sin y contra las propias masas en las horas desfavorables. Las masas jamás podrán ser ganadas eficientemente si no lo son *contra* sus jefes oportunistas, lo que quiere decir que hace falta ganarlas disgregando las tramas de las organizaciones de los partidos no comunistas que todavía tienen influencia sobre ellas, absorbiendo a los elementos proletarios en los marcos de la organización sólida y bien definida del partido comunista»

Es de notable importancia el pasaje de este párrafo en el cual se subraya una característica indispensable para que el partido de clase sea fiable desde el punto de vista de la perspectiva revolucionaria: debe haber una historia precedente en la cual sea demostrable *la continuidad de movimiento hacia la finalidad revolucionaria, aún sin y contra las masas mismas en las horas desfavorables*. La continuidad de movimiento hacia la finalidad revolucionaria, he aquí el punto central, la característica indispensable que el partido de clase debe poseer y que, aún en las fases desfavorables al movimiento de clase y a la lucha revolucionaria, este está llamado a defender si bien esta defensa debe ser realizada en ausencia del movimiento de las masas o, quizá, contra ellas. Es así porque sobre las masas insisten siempre potentes factores de conservación social, materialmente individualizables en la presión económica y social de la clase dominante burguesa, en la influencia ideológica que a partir de factores económicos viene ejercida por la clase dominante y que hizo decir a Engels que las masas, ideológicamente, piensan según la ideología dominante, es

decir, la ideología burguesa.

Una de las tareas vitales de los comunistas revolucionarios, y por lo tanto del partido de clase, es por lo tanto la batalla para defender en cualquier circunstancia su propia continuidad teórica, programática, política, organizativa, cosa que la Izquierda comunista de Italia ha demostrado en el curso histórico del desarrollo del movimiento comunista revolucionario en sus fases de ascenso como, y sobre todo, en sus fases de derrota y degeneración.

La lucha en defensa del marxismo revolucionario, es decir, la continuidad en el tiempo y en el espacio del movimiento comunista revolucionario desde el punto de vista de la teoría como desde el punto de vista de su actuación práctica, forma parte de las *batallas de clase* que el partido de clase, para estar a la altura de sus tareas, debe desarrollar constantemente en cualquier situación, en cualquier contingencia histórica y contra cualquier adversario, declarado u oculto. Las advertencia que la Izquierda comunista de Italia daba desde los primeros momentos de la Internacional Comunista sobre la cuestión de las normas tácticas, intransigentemente válidas a nivel internacional y a las cuales todos los partidos adherentes debían atenerse, so pena de su exclusión de la Internacional, no eran casuales: provenían de una cerrada y constante batalla de clase en defensa del marxismo conducida en el interior del Partido socialista contra la masonería, contra la desviación culturalista, contra las tendencias sindicalistas y anárquicas, contra las posiciones anticlericales pero al mismo tiempo liberal-burguesas y, en perfecta concordancia con la táctica del *derrotismo revolucionario* de Lenin, pese a no tener contacto directo con él, contra el pacifismo y el chovinismo desde la guerra italo-turca por la conquista de Libia y después contra la propia burguesía nacional y contra la burguesía de cualquier país en la primera guerra imperialista mundial.

Es la continuidad de estas batallas de clase en el tiempo y en el espacio la que ha hecho de la corriente de la Izquierda comunista de Italia el bastión más coherente y seguro de la lucha en defensa del marxismo revolucionario; su lucha contra cualquier transigencia, por pequeña que fuese, sobre el plano táctico y organizativo (contra el frente único político, contra la adhesión a la Internacional de los partidos considerados «simpatizantes», contra las equívocas fórmulas del «gobierno obrero» o, peor, aún, del «gobierno obrero y campesino», contra los expedientes en el terreno organizativo y táctico adoptados para «acelerar» el proceso revolucionario o para «conquistar la mayoría» de las masas—parlamentarismo) incluido- y, naturalmente, contra cualquier cesión a las ilusiones democráticas tanto en el terreno político-táctico como en el terreno organizativo) robusteció a una corriente política que se demostró, en el declive general y mundial del movimiento comunista internacional, la única que tenía la posibilidad, y la fuerza teórica, para vincularse al *hilo del tiempo* sin perder la orientación, sin perder la ruta, por lo tanto, con la capacidad de realizar el trabajo de restauración del marxismo después de su total destrucción por el estalinismo y por sus múltiples variantes sucesivas; y de realizar la tarea de reconstitución del órgano revolucionario por excelencia, el partido de clase que, sin la restauración teórica marxista no habría podido nunca, y nunca podrá, ver la luz.

El artículo de 1.921 del cual estamos tratando, concluye con esta afirmación: «*No se crean ni los partidos ni las revoluciones. Se dirigen los partidos y las revoluciones, unificando las experiencias revolucionarias internacionales útiles, en vista de asegurar los mejores coeficientes a la victoria del proletariado en la batalla que es el desemboque infalible de la época histórica en que vivimos*» Ya

en este párrafo se puede reconocer la vital característica de la Internacional Comunista, por lo tanto del *partido comunista internacional*, que es dada por la *unificación* de las útiles experiencias revolucionarias internacionales; lo que excluye desde el inicio que la experiencia revolucionaria desarrollada en un país por el partido comunista revolucionario que actúa en aquel país –incluso en la Rusia del 1.917 en la cual el partido bolchevique llevó al proletariado a la victoriosa conquista del poder político instaurando y ejerciendo la dictadura de clase- debiese ser automáticamente la experiencia-guía para todos los otros países y para todos los otros partidos. Considerando el desarrollo desigual del capitalismo en los diversos países del mundo y considerando el desarrollo inevitablemente desigual del movimiento de clase del proletariado y de la formación de los partidos comunistas en los diversos países, se volvía indispensable –con el fin de unir todas las acciones de los partidos comunistas adherentes a la Internacional hacia el único fin común: la conquista revolucionaria del poder político y la instauración de la dictadura proletaria en todos los países, también en aquellos de capitalismo atrasado si las condiciones generales lo permitían como había sucedido en la Rusia zarista- utilizar lo mejor posible todas las experiencias revolucionarias que habían tenido lugar internacionalmente, pasadas y presentes, para unificarlas en un cuerpo orgánico de tesis que debía servir como guía general para todas las secciones nacionales de la Internacional. Este era y es el sentido de las lecciones que la Izquierda comunista de Italia sacaba ya en la época y remarcó en las tesis de la segunda postguerra en la obra de restauración teórica y de reconstitución del partido comunista revolucionario, tesis que constituyen el contenido de los próximos opúsculos, posteriores a este, dedicados al tema «Partido y clase»

De esta compleja batalla de clase formaba y forma parte la lucha contra toda degeneración oportunista. Como ha demostrado la historia misma del movimiento proletario internacional y la historia de las luchas de clase de cualquier país, y sobre todo de los países del capitalismo avanzado, el oportunismo es uno de los enemigos más insidiosos y cabezotas del proletariado; se mimetiza bajo formas siempre diferentes, adaptándose poco a poco a las diversas situaciones en las cuales el poder burgués manifiesta sus exigencias de dominio y de supremacía no sólo dentro de los confines del propio Estado sino a nivel internacional. Pese a cambiar sus ropajes cada vez, el oportunismo apunta siempre al mismo objetivo: mantener a las grandes masas proletarias bajo el dominio de clase de la burguesía, con cualquier medio, sobre todo alimentando constantemente la competencia entre proletarios y contando con el hecho de que la burguesía dominante premia sus servicios con privilegios sociales y personales, llegando, en situaciones de una tensión social particular, a llamarlo al gobierno, como hizo con los Noske y los Sheidemann en 1.918-19. Solo que aquella llamada al gobierno tenía la finalidad de afrontar el peligro inminente de la marea roja proletaria y de eliminar a los jefes revolucionarios que en Alemania respondían a los nombres de Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht, Leo Jogiches.

La lucha contra el oportunismo corre pareja con la lucha contra la burguesía dominante, no sólo porque las corrientes oportunistas tienen una influencia nefasta sobre el proletariado, usando el peso de sus estratos más privilegiados desde el punto de vista económico y desde el punto de vista de las tareas laborales (la famosa «aristocracia obrera» de Engels) para mantener a la masa de los proletarios en un estado de inferioridad social, sino porque la burguesía utiliza a los oportunistas también como perros guardianes y, llegado el momento, como esbirros contra el

proletariado.

Las degeneraciones que han caracterizado el precipitarse de los partidos comunistas, en un tiempo revolucionarios, en las condiciones de idiotas útiles para la conservación burguesa y de mamporreros contra el proletariado como demuestran las filas de estalinistas que eliminaron físicamente a la vieja guardia bolchevique y a centenares de miles de proletarios tenazmente firmes en la perspectiva revolucionaria iniciada por Lenin, son uno de los resultados de la feroz lucha de clase que la burguesía dominante de todos los países lleva a cabo continuamente contra los proletarios conscientes del hecho de que la emancipación proletaria del trabajo asalariado no se obtendrá jamás ni por la vía democrática y parlamentaria ni por un supuesto agotamiento de las fuerzas de conservación burguesas advenido por sus mismas contradicciones en una especie de decadencia social progresiva, ni tanto menos por vía pacífica. La burguesía dominante es el enemigo principal del proletariado; pero su fuerza de conservación y su resistencia en el tiempo - no obstante todos los indicios económicos y sociales que demuestran que el capitalismo no logrará por sí mismo dominar sus crisis sino que está destinado a agravarlas siempre más - depende también del éxito que las corrientes oportunistas tienen entre las masas proletarias. La lucha contra cualquier desviación oportunista, por lo tanto, es vital como la lucha contra la burguesía dominante, sabiendo que, estando los oportunistas física y socialmente próximos al proletariado, y casi siempre provienen del proletariado, representan una infección permanente de la cual el proletariado se librerá sólo rompiendo con las prácticas y actitudes que llevan al colaboracionismo, asumiendo en su lugar prácticas y actitudes clasistas. La lucha se vence luchando, y la lucha de clase prepara al proletariado a la victoria sólo si es realizada con medios y métodos de clase, sobre el terreno inmediato tanto como sobre el político general. Y es por este resultado que el partido de clase es necesario: antes de la revolución propiamente dicha hay un largo periodo de preparación, de luchas inmediatas, de luchas episódicas y locales en las cuales los proletarios cogen experiencia, aprenden a localizar y a distinguir a los diversos enemigos y a considerar como verdaderos aliados sólo a los proletarios, no importa de qué categoría, sector, sexo o nacionalidad sean, por que luchan sobre el terreno de clase.

# Tesis sobre el papel del partido comunista en la revolución proletaria (1920)

- PRESENTACIÓN -

## LAS TESIS VISTAS POR NOSOTROS, ENTONCES Y HOY \*

Las tesis presentadas por Zinoviev tenían el principal objetivo de distinguir la posición de los comunistas marxistas de la de los revisionistas de derecha (reformistas, socialdemócratas, reformistas), y de la de los revisionistas de izquierda (sindicalistas revolucionarios, anarquistas); y en este sentido siguen siendo históricamente fundamentales, tanto más hoy en día en el que el más vasto oportunismo pequeño-burgués ha inundado todo.

La primera tesis, para establecer que el partido político revolucionario no puede identificarse con la totalidad de la clase trabajadora, usa la famosa fórmula, que nosotros muchas veces indicamos como imperfecta, que afirma que el partido es una parte o fracción de la clase obrera. La fórmula así reducida se presta al equívoco de considerar de igual peso a los obreros miembros del partido y a los otros: era un peligro, pero no era ciertamente el pensamiento de Zinoviev, ni el del Congreso.

La segunda tesis aclara que antes de la conquista del poder el partido no puede organizar en sus filas más que a una minoría de la clase obrera. Para que todos los obreros puedan haber entrado en el partido, se necesitará que la revolución victoriosa haya destruido las gangrenas burguesas: prensa, escuela, parlamento, iglesia, administración estatal.

La tercera tesis precisa las nociones de partido y clase, mostrando que no deben ser confundidas jamás. Era una idea menchevique la de que el partido debiese siempre adaptarse a la tendencia dominante entre los trabajadores y, por ejemplo, no levantar la cuestión política contra el zar, sino solo la económica contra los industriales. La fórmula es altamente satisfactoria: la tarea del partido proletario es la de reaccionar contra la mentalidad obrera general, y defender contra viento y marea los intereses históricos del proletariado. Es una posición más que clara, aun si nosotros hubiésemos esperado que se dijese que sólo con el nacer del partido revolucionario se puede decir que el proletariado existe históricamente como clase. El Partido es el órgano de clase del proletariado.

La cuarta tesis está dirigida contra el error de los anarquizantes que después de

la bancarrota de la IIª Internacional pretendían que la forma partido hubiese sufrido una bancarrota histórica. Habían quebrado los partidos traidores socialnacionales, pero se iba forjando el partido revolucionario de la dictadura.

La quinta tesis afirma netamente que la revolución proletaria es imposible sin la forma partido. Se afirma el principio de centralización, propio del órgano partido, haciendo la crítica del sindicalismo industrial, fragmentado en pequeños organismos locales y de categoría. Se recuerda la idea menchevique de un congreso obrero situado por encima del partido («obreristas amarillos»). De la misma manera se critica la vacía fórmula del KAPD alemán, que pretendía no ser un partido en el corriente sentido de la palabra; y la posición es definida resueltamente como reaccionaria. A propósito de las debilidades sindicalistas, se afirma que no basta la huelga general como acto pasivo, y que hace falta la insurrección armada cuyo órgano es político, centralizado y disciplinado. Los mismos sindicalistas revolucionarios hablan de una minoría decidida: ésta no puede ser más que el partido.

La sexta tesis establece que la tarea del partido es un trabajo sistemático en organismos con base más amplia, como lo son los sindicatos y otras formas aun contingente como los comités de defensa de Rusia en aquel tiempo. Se entiende que tal trabajo es preparado en el seno del partido y no subordina jamás la organización particular a las jerarquías de organizaciones extrañas.

La séptima tesis trata del método fundamental de rechazar el boicot de las organizaciones amarillas (dirigidas por reformistas y, como el texto lo admite, aun cristianas). No es una cuestión de pura terminología, pero bueno es recordar que para los socialistas italianos eran amarillas las Cámaras del Trabajo republicanas de la Romaña, y blancas las organizaciones católicas en las cuales no se entraba, pero se buscaba de arrebatarles sus adherentes en cuanto proletarios para conducirlos a las organizaciones rojas. El sentido de esta tesis, a su vez esclarecido en las tesis sindicales, es que, frente a los sindicatos dirigidos por socialistas de derechas, no se predica la salida de los obreros, sino que se lucha en su interior por conquistarlos.

La octava tesis es notable por la condena de la famosa fórmula ternaria de la equivalencia entre partido-sindicato-cooperativa, que hizo estragos en la vieja Internacional y aun en Italia antes y después de la guerra bajo formas varias (pacto paritario entre partido y confederaciones, y propuestas análogas). Para Zinoviev, la terna es por neto orden de preferencia: partido-soviet-sindicato. Si el soviet es la nueva forma para el estado de transición, no suplanta empero al partido ni le quita la tarea dirigente. También es notable la condena de otra fórmula del KAPD, que declara que el partido debe adaptarse a la idea soviética y asumir carácter proletario. Errada y reaccionaria es la idea de que el partido debe disolverse en los soviets para ser sustituido por ellos. Como Lenin siempre afirmó: existe la posibilidad histórica de que los soviets caigan bajo la influencia de la burguesía y de los oportunistas; en tal caso el partido tenderá al poder contra ellos.

La novena tesis recalca que el partido tiene funciones notables después de la conquista del poder.

La tesis décima enumera tales funciones de lucha no sólo contra los burgueses sino también contra los socialistas (supresión de tales partidos y de todos aquellos que se opongan al partido comunista). El partido organiza el ejército rojo, lucha contra toda tendencia corporativa que rompe la unidad proletaria, contra el patriotismo regional y la patriotería lugareña que acechan a la unidad del estado dictatorial.

De acuerdo con la undécima tesis, el partido no desaparecerá más que cuando

---

\* De «il programma comunista», n. 19 del 6 noviembre 1965

hayan desaparecido las clases (sociedad comunista integral). Sólo cuando el comunismo no sea más un objetivo y toda la clase obrera se haya vuelto comunista, el partido podrá disolverse en el seno de la clase obrera. Más precisa es la fórmula de Marx que habla de la humanidad, puesto que el proletariado, con el completo desarrollo de la sociedad comunista, desaparece como clase junto a las otras. El partido tendrá una función hasta tanto no hayan sido extirpadas todas las tradiciones morbosas de la sociedad clasista.

La tesis decimotercera recalca el concepto de centralización, disciplina de hierro y de tipo militar en la guerra civil.

La tesis decimocuarta define así el centralismo democrático: elección de los comités secundarios por parte de los primarios – subordinación obligatoria de cada comité al superior – centro con pleno poderes, no contestables entre congreso y congreso. Notemos sólo que en la concepción de la Izquierda Comunista italiana del Centralismo orgánico, los mismos congresos no deben juzgar la obra del centro y la elección de los hombres, sino decidir sobre las cuestiones de orientación en coherencia con la invariante doctrina histórica del partido mundial. De todas maneras, el esquema de la tesis no tiene nada que ver con la democracia electoral.

La tesis decimoquinta prevé la suspensión de las garantías democráticas internas en los periodos de lucha ilegal.

La tesis decimosexta graba vigorosamente el concepto esencial de que toda autonomía no es más que una concepción al anarquismo pequeño-burgués.

La tesis decimoséptima establece la integración entre acción legal e ilegal, y el control del centro del partido –aun si su estructura es ilegal- sobre el eventual grupo parlamentario.

La tesis decimoctava exige que la red de los grupos comunistas en los sindicatos y otros organismos debe estar en todas partes subordinada al partido comunista. La Izquierda combatirá con razón la organización por células que, conforme a la bolchevización de los años sucesivos, pretendían ser no un órgano articulado, sino la base misma del partido.

La tesis decimonovena prescribe que el partido debe existir tanto en la ciudad como en el campo, según la tradición del movimiento italiano fuertemente apoyado sobre el glorioso proletariado rural, hermano no menor del proletariado industrial.

Otra tesis defendida en los años siguientes por la Izquierda, si del siempre fiel a los orígenes de la IIIª Internacional, es que en cada país debe existir un partido y uno sólo, lo que excluye la equívoca forma de partido simpatizante. El final de la tesis, cuando establece que deben existir núcleos comunistas en todas las organizaciones apolíticas, excluye, como siempre lo quiso la Izquierda, que se tolere la práctica del entrismo en otros partidos. Las tesis concluyen reivindicando la ligazón con las masas, sostenida siempre por la Izquierda, y descartando tanto el sectarismo como la falta de principios.

# Tesis sobre el papel del partido comunista en la revolución proletaria

(Resolución del IIº Congreso de la Internacional  
Comunista, 1920)

El proletariado mundial está en vísperas de luchas decisivas. La época en que vivimos es una época de guerras civiles directas. La hora decisiva se acerca. En casi todos los países en donde existe un importante movimiento obrero, la clase trabajadora tendrá que conducir en el próximo futuro una serie de luchas encarnizadas, empuñando las armas. En este momento más que nunca, la clase obrera necesita una organización sólida. Ella tiene que prepararse infatigablemente para las luchas cruciales que le esperan, sin perder una sola hora del tiempo precioso que queda.

Si durante la Comuna de París (1871) la clase obrera hubiera tenido un Partido Comunista sólidamente organizado, aunque fuera pequeño, la primera heroica insurrección del proletariado francés habría sido mucho más fuerte, y se habrían evitado mil errores y mil flaquezas. Las batallas que el proletariado tiene que sostener hoy, en una situación histórica completamente diferente, tendrán una influencia mucho más profunda para la suerte de la clase trabajadora que las de 1871.

En base a estas consideraciones, el II Congreso mundial de la Internacional Comunista llama la atención de los trabajadores revolucionarios del mundo entero sobre los siguientes puntos:

1 - El Partido Comunista es una parte [o, en la traducción francesa, fracción] de la clase obrera, y precisamente la parte más avanzada, más consciente, y, por consiguiente, más revolucionaria. El mismo se forma mediante la selección espontánea de los trabajadores más conscientes, más devotos, más lúcidos. El Partido Comunista no tiene intereses diferentes de los de la clase obrera. El Partido Comunista se distingue de la totalidad de los trabajadores porque posee una visión general del camino que la clase debe recorrer históricamente y, en todos los virajes del mismo, defiende los intereses no de grupos o de categorías parciales, sino los de toda la clase obrera. El Partido Comunista es la palanca organizadora y política con cuya ayuda la parte más avanzada de la clase obrera dirige en el recto camino a la masa del proletariado y del semiproletariado.

2 - Hasta que el proletariado no haya conquistado el poder estatal, hasta que su dominio no se haya consolidado para siempre, haciendo imposible cualquier restauración burguesa, el Partido Comunista acogerá por regla general en su organización sólo a una minoría de trabajadores. Antes de tomar el poder y en la época de transición, el Partido Comunista puede, en circunstancias favorables, ejercer una influencia ideológica y política no contrastada sobre todas las capas proletarias y semiproletarias de la

población, pero no puede reunirlos a todas en sus filas de manera organizada. Sólo después que la dictadura proletaria haya quitado a la burguesía los potentes medios de influencia como la prensa, la escuela, el parlamento, la iglesia, el aparato administrativo, etc., y sólo después que la derrota definitiva del régimen burgués sea una realidad evidente para todos, sólo entonces todos o casi todos los trabajadores entrarán en las filas del Partido Comunista.

3 - Las nociones de **partido** y de **clase** deben ser distinguidas con el mayor cuidado. Los miembros de los sindicatos «cristianos» y liberales de Alemania, Inglaterra y otros países, pertenecen indudablemente a la clase obrera. También pertenecen sin duda a ella las asociaciones obreras más o menos considerables que siguen todavía a Scheidemann, a Gompers y a sus amigos. En ciertas condiciones históricas es muy posible que en el seno de la clase trabajadora subsistan numerosos grupos reaccionarios. La tarea del comunismo no consiste en adaptarse a estos elementos atrasados de la clase trabajadora, sino elevar a toda la clase trabajadora al nivel de su vanguardia comunista. La mezcla de estos dos conceptos – partido y clase – puede llevar a los más graves errores y a la peor confusión. Es evidente por ejemplo que, durante la guerra imperialista, los partidos proletarios tenían que levantarse a cualquier precio contra los prejuicios y el estado de ánimo de una parte de la clase obrera, y defender los intereses históricos del proletariado que imponían a su partido la declaración de guerra a la guerra. Asimismo, al principio de la guerra imperialista de 1914, los partidos socialtraidores de todo el mundo, que apoyaban a la burguesía de «sus» respectivos países, no dejaron de recurrir al argumento que ésa era la «voluntad» de la clase trabajadora. Ellos olvidaban que, aunque hubiera sido así, el deber del partido proletario era reaccionar contra el estado de ánimo general de los trabajadores y defender, a pesar de todo y contra todos, los intereses históricos del proletariado. Así también, a fines del siglo XIX, los mencheviques rusos de entonces (los llamados economicistas) rechazaban la lucha política abierta contra el zarismo, con el pretexto que la clase trabajadora en su conjunto no estaba aún preparada para la lucha política. De la misma manera, los independientes de derecha en Alemania han justificado siempre sus medias medidas diciendo que «así lo querían las masas», sin comprender que el partido existe precisamente para preceder a las masas, e indicarles el camino.

4 - La Internacional Comunista está firmemente convencida de que el fracaso de los viejos partidos «socialdemócratas» de la II Internacional no puede ser considerado, en ningún caso, como un fracaso del partido proletario en general. La época de la lucha directa por la dictadura proletaria suscita a escala mundial un nuevo partido del proletariado – el Partido Comunista.

5 - La Internacional Comunista repudia de la manera más categórica la opinión de que el proletariado pueda realizar su revolución sin un partido político propio y autónomo. Toda lucha de clase es una lucha política. El objeto de esta lucha, que se transforma inevitablemente en guerra civil, es la conquista del poder político. Pero el poder político no puede ser tomado, organizado y dirigido más que por este o por aquel partido político. Sólo si el proletariado está encabezado por un partido organizado y probado, que persigue objetivos claramente definidos y que posee un programa de acción preciso para el próximo porvenir, tanto en el campo de la política interior como en el campo de la política exterior, sólo entonces la conquista del poder político no será un hecho fortuito y temporáneo, sino el punto de partida de un trabajo duradero para la edificación comunista, llevada a cabo por el proletariado.

La lucha de clase misma exige igualmente la centralización de la dirección de las

diferentes formas del movimiento obrero (sindicatos, cooperativas, comités de fábrica, asociaciones culturales, elecciones, etc.).

Dicho centro organizador dirigente no puede ser sino un partido político. Negarse a crearlo y reforzarlo, negarse a someterse a él, equivale a rechazar la unidad de dirección de las varias patrullas de proletarios, que actúan en diferentes campos de batalla. La lucha de clase del proletariado exige por último una agitación concentrada, que ilumine las diversas etapas de la lucha desde un punto de vista unitario y llame en cada momento la atención del proletariado sobre las tareas que le interesan en su conjunto; cosa que no puede realizarse sin un aparato político centralizado, es decir, sin un partido político.

La propaganda de algunos sindicalistas revolucionarios y de los adherentes a los «Trabajadores Industriales del Mundo (I.W.W.)» contra la necesidad de un partido político independiente no sirve, objetivamente, sino para colaborar con la burguesía y con los «socialdemócratas» contrarrevolucionarios. En toda su propaganda contra el Partido Comunista, que ellos querían sustituir con los sindicatos o con informes uniones «generales» de trabajadores, los sindicalistas y los industrialistas tienen puntos de contacto con los oportunistas declarados.

Después del fracaso de la revolución de 1905, los mencheviques rusos apoyaron por unos años la idea de un llamado Congreso obrero que debía sustituir al partido revolucionario de la clase obrera. Los «obreristas amarillos» de toda índole, en Inglaterra y en América, que en realidad llevan a cabo una política abiertamente burguesa, difunden entre los obreros la idea de la creación de informes uniones obreras o de vagas asociaciones puramente parlamentarias, pero no la de la creación de un verdadero partido político. Los sindicalistas revolucionarios y los industrialistas quieren si combatir contra la dictadura de la burguesía, pero no saben cómo. Ellos no ven que una clase trabajadora sin partido político autónomo es como un cuerpo sin cabeza.

El sindicalismo revolucionario y el industrialismo representan sin duda un paso adelante respecto a la vieja y mohosa ideología contrarrevolucionaria de la II Internacional. Pero, en comparación con el marxismo revolucionario, es decir con el comunismo, el sindicalismo y el industrialismo significan un paso atrás. Las declaraciones de los comunistas «de izquierda» alemanes del «K.A.P.D.» en su congreso constitutivo del pasado mes de abril, según las cuales ellos forman un partido, pero «no un partido en el sentido corriente» es una capitulación ideológica frente a las opiniones reaccionarias del sindicalismo revolucionario y del industrialismo.

Solo con la huelga general y la táctica de los brazos cruzados, la clase trabajadora no puede alcanzar la victoria completa sobre la burguesía. El proletariado tiene que llegar a la insurrección armada. Quien ha comprendido esto, debe también comprender que la necesidad de un partido político organizado es su consecuencia indispensable, y que, para alcanzar este objetivo, no son suficientes informes organizaciones proletarias.

Los sindicatos revolucionarios hablan a menudo de la gran importancia de una minoría revolucionaria decidida. Pero esta minoría revolucionaria decidida de la clase trabajadora, esta minoría comunista que quiere actuar, que posee un programa, que se propone la organización de las masas, *es precisamente el Partido Comunista*.

6 - La tarea más importante de un partido verdaderamente comunista es la de mantener un estrecho contacto con las masas más extensas del proletariado. Para lograr esto, los comunistas tienen que trabajar también en organizaciones que no son el partido, pero que abarcan extensas masas proletarias. Tales son por ejemplo las organizaciones de los inválidos de guerra en varios países, los comités «Fuera las manos de Rusia» (*Hands Off Russia*) de Inglaterra, las uniones proletarias de inquilinos, etc.

Particularmente importante es el ejemplo de las llamadas conferencias de obreros y campesinos «sin partido» de Rusia. Dichas conferencias son convocadas casi en cada ciudad, en cada barrio obrero, en cada aldea. En su elección participan las más vastas capas de trabajadores, aun atrasados, y en ellas se discuten los problemas más candentes: abastecimiento, vivienda, situación militar, instrucción, tareas políticas del día, etc. Los comunistas se esfuerzan por todos los medios de influenciar a estas «conferencias de sin partido» y lo hacen con gran éxito para el partido mismo.

Los comunistas consideran como tarea principal el trabajo sistemático de organización y educación dentro de estas organizaciones. Pero para que éste sea un trabajo fecundo, para que los enemigos del proletariado no se apoderen de estas organizaciones de masa, los trabajadores comunistas dotados de conciencia de clase deben tener su partido comunista independiente y disciplinado, que actúa de manera organizada y que, en todas las circunstancias – y cualesquiera que sean las formas del movimiento – esté en condiciones de representar los intereses generales del comunismo.

7 - Los comunistas no huyen las organizaciones obreras de masa políticamente neutras, ni siquiera, en determinadas circunstancias, cuando las mismas presentan caracteres claramente reaccionarios (sindicatos amarillos, cristianos, etc.). El Partido Comunista desarrolla continuamente en ellas su obra y no se cansa de mostrar a los trabajadores que la idea del apartidismo como principio es cultivada adrede entre ellos por la burguesía y sus lacayos, con el intento de desviar al proletariado de la lucha organizada por el socialismo.

8 - La vieja subdivisión «clásica» del movimiento proletario en tres formas (partidos, sindicatos, cooperativas) ha caducado visiblemente. En Rusia la revolución proletaria ha engendrado la forma fundamental de la dictadura proletaria, los soviets. En el próximo porvenir tendremos por doquier esta subdivisión: 1) el partido – 2) el soviet – 3) el sindicato.

Pero el partido del proletariado, es decir, el Partido Comunista, debe dirigir sistemáticamente y sin cesar el trabajo de los soviets así como el de los sindicatos revolucionarios. La vanguardia organizada de la clase obrera, el Partido Comunista, representa igualmente los intereses tanto de la lucha económica como de la lucha política y cultural de la clase obrera en su conjunto. El Partido Comunista debe ser el alma tanto de los sindicatos como de los soviets, al igual que de las demás formas de organización proletaria.

El nacimiento de los soviets, como forma histórica fundamental de la dictadura del proletariado, no disminuye para nada la función dirigente del Partido Comunista en la revolución proletaria. Cuando los comunistas alemanes «de izquierda» (ver su Manifiesto al proletariado alemán del 14 de abril de 1920, firmado «Partido obrero comunista alemán - K.A.P.D.») declaran que «también el Partido debe adaptarse cada vez más a la idea de los soviets o asumir carácter proletario» (*Kommunistische Arbeiterzeitung*, n. 54) quieren decir simplemente que el Partido Comunista tendría que disolverse en los soviets, que los soviets estarían en condiciones de sustituirlo.

Este concepto es radicalmente falso y reaccionario.

En la historia de la revolución rusa hubo toda una fase en que los soviets marchaban contra el partido proletario y apoyaban la política de los agentes de la burguesía. Lo mismo se observó en Alemania, y es también posible en otros países.

Para que los soviets puedan cumplir su misión histórica es necesaria la presencia de un Partido Comunista fuerte que no se «adapte» simplemente a los soviets, sino que sepa ejercer una influencia decisiva sobre su política, empujarlos a repudiar su

«adaptación» a la burguesía y a la socialdemocracia blanca, y hacer del Partido Comunista, mediante las fracciones comunistas, el partido dirigente de los soviets.

Quien recomienda al Partido Comunista «adaptarse» a los soviets, quien ve en esta adaptación un refuerzo del «carácter proletario» del Partido, no comprende la importancia ni del partido, ni de los soviets. La «idea de los soviets» triunfará más rápidamente si logramos crear en cada país un partido lo más fuerte posible. También algunos socialistas «independientes», y aun de derecha, reconocen hoy, en palabras, la «idea de los soviets». Pero se puede impedir a estos elementos de deformar la *idea soviética* sólo poseyendo un fuerte Partido Comunista que esté en condiciones de determinar y dirigir la política de los soviets.

9 - El Partido Comunista es necesario a la clase obrera no sólo antes y durante la conquista del poder, sino también después de que el poder haya pasado a las manos de la clase obrera. La historia del Partido Comunista ruso, que desde hace tres años detenta el poder en un país inmenso, nos muestra que la función del Partido Comunista, lejos de disminuir después de la conquista del poder, ha crecido considerablemente.

10 - En el momento de la conquista del poder por parte del proletariado, su partido sigue constituyendo sin embargo, como antes, sólo una parte de la clase trabajadora. Pero es justamente esa parte de la clase proletaria que ha organizado la victoria. En el curso de dos decenios como en Rusia, y por toda una serie de años, como en Alemania, el Partido Comunista, en su lucha no sólo contra la burguesía sino también contra aquellos «socialistas» que son en realidad los agentes de la burguesía entre los proletarios, ha acogido en sus filas a los militantes más enérgicos, más lúcidos, más adelantados de la clase trabajadora. Sólo la existencia de tal organización compacta de la mejor parte de la clase obrera permitirá superar todas las dificultades que el Partido Comunista deberá salvar después de su victoria.

La organización de un nuevo ejército proletario – el Ejército Rojo – la abolición efectiva del mecanismo estatal burgués y la creación de los primeros fundamentos del aparato estatal proletario, la lucha contra las tendencias corporativas de algunos grupos proletarios, la lucha contra el «localpatriotismo», la apertura de vías nuevas en la creación de una nueva disciplina del trabajo – en todos estos campos la palabra decisiva toca al Partido Comunista, cuyos miembros guían con su ejemplo viviente a las capas más extensas de la clase obrera.

11 - La necesidad de un partido político del proletariado desaparece solamente con la eliminación completa de las clases. Es posible que, en la marcha hacia la victoria definitiva del comunismo, la importancia de las tres formas fundamentales de la organización proletaria contemporánea (partido, soviets, sindicatos de industria) se modifique, y que un único tipo de organización obrera se cristalice poco a poco. Pero el Partido Comunista no se disolverá completamente en la clase obrera sino cuando el comunismo deje de ser el objetivo de la lucha, cuando la clase trabajadora, toda entera, se haya vuelto comunista.

12 - El II Congreso de la Internacional Comunista debe no sólo afirmar la misión histórica del Partido Comunista, sino también decir al proletariado internacional, por lo menos en sus líneas esenciales, cuál es el partido que necesitamos.

13 - La Internacional Comunista piensa que sobre todo en la época de la dictadura del proletariado, el Partido Comunista debe estar construido sobre la base de una inquebrantable centralización proletaria. Para dirigir eficazmente a la clase obrera en la larga y áspera guerra civil que habrá estallado, el Partido Comunista debe establecer también en sus filas una disciplina severa, militar. La experiencia del Partido Comunista

ruso, que durante tres años ha guiado con éxito a la clase obrera en la guerra civil, ha mostrado que sin la disciplina más fuerte, sin una centralización completa, sin una plena confianza de camarada de todas las organizaciones del partido en el centro dirigente del partido mismo, la victoria de los trabajadores es imposible.

14 - El Partido Comunista debe basarse sobre el principio del centralismo democrático. La elegibilidad de los órganos superiores del Partido por parte de los inferiores, el carácter absolutamente obligatorio de todas las directivas de los órganos superiores para con los inferiores, y la existencia de un fuerte centro del partido, cuya autoridad, en el intervalo entre los Congresos del mismo, no puede ser contestada por nadie: éstos son los principios esenciales de la centralización democrática.

15 - Toda una serie de Partidos Comunistas en Europa y en América han sido obligados, por el estado de asedio proclamado por la burguesía contra los comunistas, a llevar una existencia ilegal. En tales circunstancias es posible que el principio electivo deba sufrir algunas minoraciones, y que se esté obligado a conferir a los órganos directivos del partido el derecho a cooptar miembros nuevos, como sucedió en Rusia. En estado de asedio, el Partido Comunista no puede evidentemente recurrir al referéndum democrático entre todos sus miembros cada vez que surge una cuestión grave (como propondrían un grupo de comunistas americanos); él mismo, en cambio, tiene que otorgar a su centro dirigente el derecho de tomar, cuando es necesario, medidas importantes y obligatorias para todos los miembros del partido.

16 - La reivindicación de amplia «autonomía» para cada organización local del partido no puede en este momento más que debilitar las filas del Partido Comunista, minar su capacidad de acción y favorecer el desarrollo de inclinaciones anárquicas, pequeño-burguesas y centrifugas.

17 - En los países en donde el poder está todavía en manos de la burguesía y de la socialdemocracia contrarrevolucionaria, los Partidos Comunistas deben aprender a integrar sistemáticamente la acción legal con la ilegal, y precisamente el trabajo legal debe estar siempre controlado por el partido ilegal. Los grupos parlamentarios comunistas y las fracciones comunistas que actúan en las instituciones, ya sea centrales como locales, del Estado en general, tienen que estar enteramente subordinadas al partido en su conjunto, cualquiera que sea la situación, legal o no, del partido en un momento particular. Quien, poseyendo un mandato cualquiera, de una u otra manera, rehúsa someterse al partido, debe ser excluido. La prensa legal (diarios, ediciones varias) debe depender en todo y por todo del conjunto del partido y de su comité central. Ninguna concesión es admisible en este campo.

18 - La piedra angular de cada trabajo organizador del Partido Comunista debe ser la creación de núcleos comunistas dondequiera se encuentren proletarios y semiproletarios, aunque su número sea reducido. En cada soviét, en cada sindicato, en cada cooperativa, en cada taller, en cada comité de inquilinos, en cada institución en que aun solamente tres personas apoyen al comunismo, debe ser organizado inmediatamente un núcleo comunista. Sólo la compacidad de la organización comunista da a la vanguardia de la clase obrera la posibilidad de arrastrar tras de sí a la clase trabajadora entera. Todos los grupos comunistas que trabajan en organizaciones apartidarias deben estar absolutamente subordinados al partido en su conjunto, cualquiera sea su acción, legal o ilegal, en un momento particular. Los núcleos comunistas deben ser coordinados de manera rigurosamente jerárquica, según un sistema lo más preciso posible.

19 - El Partido Comunista nace casi por doquier como partido urbano, como partido

de los trabajadores de la industria que viven preponderantemente en las ciudades. Para asegurar a la clase obrera la más fácil y rápida victoria posible, es indispensable que el Partido Comunista no sea exclusivamente un partido urbano, sino que adquiera influencia también en el campo. El Partido Comunista debe desarrollar su propaganda y su actividad organizadora entre los asalariados agrícolas y los campesinos pobres y medios. El Partido Comunista debe cuidar con esmero la organización de núcleos comunistas en las aldeas.

\* \* \*

La organización internacional del proletariado puede ser fuerte sólo si la concepción ex-puesta arriba acerca de la tarea del Partido Comunista se impone en todos los países en donde viven y luchan comunistas. La Internacional Comunista invita a todos los sindicatos que aceptan los principios de la III Internacional a romper con la Internacional amarilla. La Internacional organizará una sección internacional de aquellos sindicatos rojos que se ponen en el terreno del comunismo. La Internacional Comunista no rechazará la participación de ninguna organización obrera políticamente neutra que quiera llevar a cabo una seria lucha revolucionaria contra la burguesía. Pero la Internacional Comunista no dejará, haciendo esto, de indicar a los proletarios de todo el mundo:

- 1) que el Partido Comunista es el instrumento esencial para la emancipación del proletariado; por consiguiente, debemos tener en cada país no más grupos o tendencias, sino un Partido Comunista;
- 2) que en cada país debe haber un solo Partido Comunista.
- 3) que el Partido Comunista debe fundarse sobre el principio de la centralización más estricta y, en la época de la guerra civil, debe instaurar en su seno una disciplina militar;
- 4) que donde haya aunque sea sólo diez proletarios o semiproletarios, el Partido Comunista debe contar con un núcleo organizado;
- 5) que en cada organización apartidaria debe existir un núcleo comunista enteramente subordinado al partido en su conjunto;
- 6) que mientras defiende inquebrantablemente el programa y la táctica revolucionaria del comunismo, el partido debe siempre estar en ligazón del modo más estricto con las grandes organizaciones obreras, y evitar tanto el sectarismo como la falta de principios.

# Partido y clase

(De «*Rassegna Comunista*», año I,  
nº 2 del 15 de abril de 1921)

En las «Tesis sobre el papel del Partido Comunista en la Revolución proletaria», aprobadas por el IIº Congreso de la Internacional Comunista, tesis que se inspiran verdadera y profundamente en la doctrina marxista, se asume como punto de partida la definición de las relaciones entre *partido y clase*, y se establece que el partido de clase no puede comprender en sus propias filas más que a *una parte* de la clase misma - jamás su totalidad, ni quizás aún su mayoría.

Esta verdad evidente hubiera sido mejor puesta de relieve si se hubiera precisado que no se debería ni siquiera hablar de *clase* cuando no existe una minoría de esta clase tendiente a organizarse en partido político.

¿Qué es, en efecto, según nuestro método crítico, una *clase* social? ¿La explicamos nosotros acaso a partir de una constatación puramente objetiva, exterior, de la analogía de condiciones económicas y sociales de un gran número de individuos, y de las posiciones que ellos ocupan en el proceso productivo? Sería demasiado poco. Nuestro método no se para a describir el conjunto social tal cual es en un momento dado, a trazar en abstracto una línea que divida en dos partes los individuos que lo componen, como en las clasificaciones escolásticas de los naturalistas. La crítica marxista ve la sociedad humana en movimiento, en su desarrollo en el curso del tiempo, con un criterio esencialmente histórico y dialéctico, es decir, estudiando el encadenamiento de los sucesos en sus relaciones de influencia recíproca.

En lugar de sacar - como en el viejo método metafísico - una instantánea de la sociedad en un momento dado, y luego trabajar sobre ella para reconocer así las diversas categorías en las cuales los individuos que la componen deben ser clasificados, el método dialéctico ve la historia como un film que desarrolla sus cuadros unos después de otros; y es en los caracteres sobresalientes del movimiento de los mismos que se debe buscar y reconocer a la *clase*.

En el primer caso, caeríamos en las mil objeciones de los estadísticos puros, de los demógrafos - gente corta de vista por excelencia - que reexaminarían las divisiones haciendo observar que no hay dos clases, o tres, o cuatro, sino que pueden existir diez o cien o mil, separadas por graduaciones sucesivas y zonas intermedias indefinibles. En el segundo caso, tenemos elementos bien diferentes para reconocer a este protagonista de la tragedia histórica que es la clase, para fijar sus caracteres, su acción, sus finalidades, que se concretan en manifestaciones de evidente uniformidad, en

medio de la mutabilidad de un cúmulo de hechos que el pobre fotógrafo de la estadística registraba en una fría serie de datos sin vida.

Para decir que una clase existe y actúa en un momento de la historia, no nos bastará pues saber cuántos eran, por ejemplo, los mercaderes de París bajo Luis XVI o los landlords ingleses en el siglo XVIII, o los trabajadores de la industria manufacturera belga en los albores del siglo XIX. Tendremos que someter un periodo histórico entero a nuestra investigación lógica, encontrar en él un movimiento social, y por lo tanto político, que, a pesar de los altos y bajos, de los errores y éxitos a través de los cuales busca su vía, se adhiera de manera evidente al sistema de intereses de una fracción de los hombres ubicada en ciertas condiciones por el modo de producción y por su evolución.

Así, Federico Engels, en uno de los primeros de sus clásicos ensayos de este método, sacaba de la historia de las clases trabajadoras inglesas la explicación de una serie de movimientos políticos y demostraba la existencia de una lucha de clase.

Este concepto dialéctico de la clase nos pone por encima de las pálidas objeciones del estadístico. Él perderá el derecho de ver las clases opuestas como si estuviesen netamente divididas sobre la escena de la historia a la manera de las masas corales sobre las tablas de un escenario; él no podrá deducir nada contra nuestras conclusiones del hecho de que en la zona de contacto acampan estratos indefinibles, a través de los cuales tiene lugar un intercambio osmótico de individuos aislados, sin que por ello la fisonomía histórica de las clases presentes sea alterada.

\* \* \*

El concepto de clase no debe pues suscitar en nosotros una imagen estática, sino una imagen dinámica. Cuando distinguimos una tendencia social, un movimiento hacia determinadas finalidades, podemos reconocer la existencia de una clase en el verdadero sentido de la palabra. Pero entonces existe, de manera substancial si no aún de manera formal, el partido de clase.

Un partido vive cuando viven una doctrina y un método de acción. Un partido es una escuela de pensamiento político y, por consiguiente, una organización de lucha. El primero es un hecho de conciencia, el segundo es un hecho de voluntad, más precisamente, de tendencia a una finalidad.

Sin estos dos caracteres nosotros no poseemos aún la definición de una *clase*. El frío registrador de datos puede, repitémoslo, constatar afinidades en las condiciones de vida de agrupamientos más o menos grandes, pero sin aquéllos ninguna huella se graba en el devenir de la historia.

Y esos dos caracteres sólo pueden encontrarse condensados, concretados en el partido de clase. Así como la clase se forma con el perfeccionamiento de determinadas condiciones y relaciones surgidas de la afirmación de nuevos sistemas de producción - como por ejemplo con la aparición de grandes establecimientos que utilizan una fuerza motriz, y que reclutan y forman una mano de obra numerosa -, la influencia de los intereses de tal colectividad comienza a concretarse gradualmente en una conciencia más precisa, que comienza a delinearse en pequeños grupos de la misma. Cuando la masa es empujada a la acción, son sólo estos primeros grupos, que poseen la previsión de un objetivo final, los que sostienen y dirigen al resto.



Este proceso debe ser concebido, cuando nos referimos a la clase proletaria moderna, como concerniendo, no a una categoría profesional, sino a todo el conjunto de la clase, y entonces se ve cómo una conciencia más precisa de una identidad de intereses va apareciendo, pero también que esta conciencia es el resultado de un complejo de experiencias y de nociones tal, que sólo puede encontrarse en grupos limitados que comprenden elementos seleccionados de todas las categorías. Y que la visión de una acción colectiva, que tienda a objetivos generales que interesen a toda la clase, y que se concentran en el propósito de cambiar todo el régimen social, sólo puede estar clara en una minoría avanzada.

Estos grupos, estas minorías, no son otra cosa que el partido. Cuando la formación del mismo ha alcanzado un cierto estadio, aunque es algo seguro que ésta no avanzará jamás sin detenciones, crisis, conflictos internos, entonces podemos decir que tenemos una clase en acción. Pese a que no comprende más que a *una parte* de la clase, es sólo el partido quien le da la unidad de acción y de movimiento, porque agrupa aquellos elementos que, superando los límites de categoría y de localidad, *sienten y representan* a la clase.

Esto vuelve más claro el sentido de la verdad fundamental: el partido es sólo una parte de la clase. Quien, mirando la imagen fija y abstracta de la sociedad distinguiese allí una zona, la clase, y en ella un pequeño núcleo, el partido, caería fácilmente en la consideración que toda la parte de la clase, casi siempre la mayoría, que queda fuera del partido, podría tener un peso mayor, mayores *derechos*. Pero por poco que se piense que en esa gran masa restante los individuos no tienen todavía conciencia y voluntad de clase, que viven para su propio egoísmo, o para la categoría, o para la patria chica, o para la nación, se verá que para asegurar en el movimiento histórico la acción de conjunto de la clase, es necesario un organismo que la anime, la cimiente, la preceda, la *encuadre* - ésa es la palabra - y se verá que el partido es en realidad el núcleo vital, sin el cual no habría ninguna razón para considerar a la masa restante como un haz de fuerzas.

La clase presupone el partido, porque para existir y moverse en la historia la clase debe tener una doctrina crítica de la historia y un objetivo final que alcanzar en ésta.

\* \* \*

La verdadera y la única concepción revolucionaria de la acción de clase consiste en la delegación de la dirección de la misma al partido. El análisis doctrinal, y un cúmulo de experiencias históricas, nos permiten reducir fácilmente a ideologías pequeño-burguesas y antirrevolucionarias toda tendencia a negar e impugnar la necesidad y la preeminencia de la función del partido.

Si la impugnación viene dada desde un punto de vista *democrático*, se la debe someter a la misma crítica que el marxismo utiliza para desbaratar los teoremas favoritos del liberalismo burgués.

Bastará para ello recordar que, si la conciencia de los hombres es el resultado y no la causa de las características del medio en el cual están obligados a vivir y actuar, la regla no será jamás que el explotado, el hambriento, el desnutrido, pueda convencerse de que debe derribar y substituir al explotador bien nutrido y provisto de todos los recursos y poderes. Esto no puede ser más que la excepción. La democracia electiva

burguesa corre al encuentro de la consulta de las masas, porque sabe que la mayoría responderá siempre a favor de la clase privilegiada y le delegará voluntariamente el *derecho* de gobernar y de perpetuar la explotación.

Lo que modificará las relaciones no es el hecho de introducir o de extraer del cómputo a la pequeña minoría de los *electores* burgueses. La burguesía gobierna con la mayoría, que es tal no sólo respecto a todos los ciudadanos, sino también respecto a los trabajadores.

Por lo tanto, si el partido hiciese de toda la masa proletaria el juez de las acciones e iniciativas que le incumben sólo a él, se sometería a un veredicto casi seguro favorable a la burguesía, y de todos modos siempre menos esclarecido, menos avanzado, menos revolucionario, y sobre todo menos dictado por una conciencia del interés verdaderamente colectivo de los trabajadores, del resultado final de la lucha revolucionaria, que el que sale exclusivamente de las filas del partido organizado.

El concepto del *derecho* del proletariado a disponer de su acción de *clase* no es más que una abstracción que no tiene ningún sentido marxista, que disimula el deseo de llevar el partido revolucionario a abrirse a capas menos maduras, pues a medida que esto sucede, las decisiones que surgen de ello se acercan cada vez más a las concepciones burguesas y conservadoras.

Si buscásemos las confirmaciones de esta verdad, no sólo en la investigación teórica, sino también en las experiencias que la historia nos ha dado, la cosecha sería riquísima. Recordemos que es un lugar común típicamente burgués el oponer el «buen sentido» de la masa a las «fechorías» de una «minoría de instigadores», el ostentar las mejores disposiciones hacia los trabajadores junto al odio más rabioso contra el partido, que es su único medio para golpear los intereses de los explotadores. Y las corrientes de derecha del movimiento obrero, la escuela socialdemócrata, cuyo contenido reaccionario ha sido demostrado por la historia, oponen continuamente la masa al partido, y querrían reconocer a la clase en consultas más amplias que el marco restringido del partido, y cuando no pueden dilatar a este último por encima de todo límite preciso de doctrina y de disciplina en la acción, tratan de establecer que sus órganos preeminentes no deben ser los designados por sus militantes exclusivamente, sino aquéllos cuyos miembros son elegidos por un cuerpo más vasto para ocupar cargos parlamentarios - y de hecho los grupos parlamentarios están siempre en la extrema derecha de los partidos de los cuales emanan.

Toda la degeneración de los partidos socialdemócratas de la II Internacional, y el hecho de que se volvieran aparentemente menos revolucionarios que la masa no organizada, derivaba del hecho de que perdían cada día más sus caracteres precisos de partido, justamente porque hacían obrerismo, laborismo, o sea, funcionaban no ya como vanguardias precursoras de la clase, sino como su expresión mecánica en un sistema electoral y corporativo donde se daba el mismo peso y la misma influencia a las capas de la propia clase proletaria menos conscientes y más dominadas por egoísmos. La reacción contra esta tendencia, aun antes de la guerra, y particularmente en Italia, se desarrolló en el sentido de defender la disciplina interna del partido, de impedir el ingreso a él de elementos que no se situaban integralmente sobre el terreno revolucionario de nuestra doctrina, de combatir la autonomía de los grupos parlamentarios y de los órganos locales, de depurar las filas del partido de elementos espurios. Este método es el que se ha revelado como el verdadero antídoto del reformismo, y

forma el fundamento de la doctrina y de la práctica de la IIIª Internacional, la cual pone en primerísima línea la función del partido, centralizado, disciplinado, claramente orientado en los problemas de principio y de táctica, y para la cual «la bancarrota de los partidos socialdemócratas de la II Internacional no fue la bancarrota de los partidos proletarios en general», sino que fue, permítaseme la expresión, la bancarrota de organismos que se habían olvidado de ser partidos, porque habían cesado de serlo.

\* \* \*

Existe además otro tipo de objeciones contra el concepto comunista de la función del partido, ligado a otra forma de reacción crítica y táctica contra las degeneraciones del reformismo. Son las objeciones de la escuela sindicalista, la cual, en cambio, reconoce a la clase en los sindicatos económicos, y afirma que éstos son los órganos aptos para guiarla en la revolución.

También estas objeciones, en apariencia de izquierda, y que han tenido, después del periodo clásico del sindicalismo francés, italiano y norteamericano, nuevas formulaciones por parte de tendencias que se encuentran en las márgenes de la IIIª Internacional, son reducidas fácilmente a ideologías semiburguesas, tanto por la crítica de principio como por la constatación de los resultados a los que han llevado.

Se quisiera reconocer a la clase en una organización que le es propia, que por cierto es característica e importantísima, y que está constituida por los sindicatos profesionales, de categoría, que surgen antes que el partido político, que agrupan masas mucho más vastas, y por lo tanto corresponden mejor a la totalidad de la clase trabajadora. Desde el punto de vista abstracto, un criterio semejante demuestra solamente un inconsciente respeto del mismo embuste democrático con el que cuenta la burguesía para asegurar su dominación invitando a la mayoría del pueblo a elegirse un gobierno. Desde otros puntos de vista teóricos, este método va al encuentro de las opiniones burguesas, cuando confía a los sindicatos la organización de la nueva sociedad, reivindicando los conceptos de autonomía y de descentralización de las funciones productivas que son los mismos que los de los economistas reaccionarios. Pero nuestra intención no es aquí la de desarrollar un examen crítico completo de las doctrinas sindicalistas. Bastará constatar - pasando al mismo tiempo a compulsar los resultados de la experiencia - que los elementos de extrema derecha del movimiento proletario siempre han hecho suyo el mismo punto de vista de poner en primer lugar la representación sindical de la clase obrera, sabiendo muy bien que así apagaban y atenuaban los caracteres del movimiento por las simples razones que hemos señalado. La propia burguesía tiene hoy en día una tendencia a la simpatía, en absoluto ilógica, por las manifestaciones sindicales de la clase obrera, en el sentido de que, su fracción más inteligente iría con gusto al encuentro de reformas de su aparato estatal y representativo que diesen un gran lugar a los sindicatos «apolíticos», y aun a sus mismas solicitudes de ejercer un control sobre el sistema productivo. La burguesía siente que, mientras se pueda mantener al proletariado sobre el terreno de las exigencias inmediatas y económicas que lo conciernen categoría por categoría, se hace obra de conservación, al evitar la formación de aquella peligrosa conciencia «política» que es la única revolucionaria, porque pone la mira en el punto vulnerable del adversario: la posesión del poder.

Pero tanto a los viejos como a los nuevos sindicalistas no se les escapó el hecho de que el grueso de los sindicatos estaba dominado por elementos de derecha, que la dictadura de los dirigentes pequeño-burgueses sobre las masas estaba fundada, aún más que sobre el mecanismo electoral de los seudopartidos socialdemócratas, en la burocracia que encuadraba a los sindicatos. Y entonces los sindicalistas, y con ellos muchísimos elementos movidos solamente por un espíritu de reacción a los hábitos reformistas, se dieron al estudio de nuevos tipos de organización sindical, y constituyeron nuevos sindicatos independientes de las organizaciones tradicionales. Así como tal expediente era teóricamente falso, porque no superaba el criterio fundamental de la organización económica (es decir, el admitir necesariamente a todos aquellos que se encuentran en condiciones dadas debido a su participación en la producción, sin pedirles convicciones políticas específicas ni compromisos particulares para llevar a cabo acciones que podrían exigir incluso el propio sacrificio), y porque yendo tras el «productor», no lograba superar los límites de categoría, mientras que sólo el partido de clase, que considera al «proletario» en la vasta gama de sus condiciones y de sus actividades, logra despertar el espíritu revolucionario de la clase - del mismo modo ese expediente sindicalista se reveló en los hechos insuficiente para alcanzar su objetivo.

Sin embargo, aun hoy en día no se cesa de buscar una receta similar. Una interpretación completamente errónea del determinismo marxista, un concepto limitado de la parte que tienen los hechos de conciencia y de voluntad, bajo la influencia originaria de los factores económicos, en la formación de las fuerzas revolucionarias, conduce a mucha gente a perseguir un sistema «mecánico» de organización, que al encuadrar la masa - diría casi automáticamente - según ciertas relaciones dadas por la situación de los individuos que la componen respecto a la producción, se ilusiona con encontrarla sin más pronta a ponerse en marcha para la revolución, y con la máxima eficacia revolucionaria. Reaparece así la solución ilusoria que consiste en contar con una fórmula organizativa para ligar la satisfacción cotidiana de los estímulos económicos al resultado final del derrocamiento del sistema social, para resolver el viejo problema de la antítesis entre las conquistas limitadas y graduales y la realización suprema del programa revolucionario. Pero - como lo dije con razón en una de sus resoluciones la mayoría del partido comunista alemán, cuando estas cuestiones eran particularmente candentes en Alemania (y determinaron la secesión del Partido Comunista del Trabajo) - *la revolución no es una cuestión de forma de organización.*

La revolución exige una organización de fuerzas activas y positivas, ligadas por una doctrina y por una finalidad. Importantes estratos e innumerables individuos que pertenecen materialmente a la clase en cuyo interés triunfará la revolución, están fuera de esta organización. Pero la clase vive, lucha, avanza y vence, merced a la obra de aquellas fuerzas que ella ha enucleado de su seno en las vicisitudes de la historia. La clase parte de una homogeneidad inmediata de condiciones económicas que constituye el primer motor de la tendencia a superar, a quebrantar el sistema actual de producción; pero para asumir esta tarea grandiosa ella debe tener un pensamiento propio, un método crítico propio, y una voluntad propia que apunte a realizar los objetivos que la investigación y la crítica han señalado, una organización de combate propia que canalice y utilice con el mejor rendimiento sus esfuerzos y sus sacrificios. Todo esto es el partido.

# Partido y acción de clase

(De «*Rassegna Comunista*», n°4, 31 de mayo 1921)

En un artículo precedente (*Partido y clase*), al exponer conceptos fundamentales, mostrábamos no sólo que no existe ninguna contradicción en el hecho de que el partido político de la clase obrera, órgano indispensable de su lucha de emancipación, comprenda en sus filas sólo a una parte, una minoría de la clase, sino también que no se puede hablar de una clase dotada de movimiento histórico mientras no exista el partido que tenga una conciencia precisa de ese movimiento y de sus finalidades, y que se ponga, en la acción, a la vanguardia de ese movimiento.

Un examen más detallado de las tareas históricas de la clase trabajadora en su camino revolucionario, tanto antes como después del derrocamiento del poder de los explotadores, no hace más que confirmar la necesidad ineluctable del partido político, que debe dirigir toda la lucha de la clase trabajadora.

Para dar una idea precisa, y diremos casi tangible, de la necesidad «técnica» del partido, quizá convendría considerar primero, aun si la exposición revistiese un aspecto ilógico, el trabajo que el proletariado debe cumplir después de su llegada al poder, después de haber arrancado a la burguesía la dirección de la máquina social.

Las complicadas funciones que el proletariado deberá asumir después de haber conquistado la dirección del Estado - cuando deberá no sólo substituir a la burguesía en la dirección y en la administración de la cosa pública, sino también construir una máquina nueva y diferente de administración y de gobierno, con objetivos mucho más complejos que los que hoy constituyen el objeto del arte gubernamental - exigirán una regimentación de individuos competentes en cumplir las diversas funciones, en estudiar los diversos problemas, en aplicar a los diversos sectores de la vida colectiva los criterios que derivan de los principios revolucionarios generales, y que corresponden a la necesidad que impulsa a la clase proletaria a romper los vínculos del viejo régimen para construir nuevas relaciones sociales.

Sería un error fundamental el creer que tal suma de competencias y de especializaciones pudiese surgir de un simple encuadramiento profesional de los trabajadores según sus funciones tradicionales en el viejo régimen. En efecto, no se tratará de eliminar, empresa por empresa, la contribución de la competencia técnica aportada antes por el capitalista o por los elementos estrechamente ligados a él, utilizando para ello la preparación profesional de los mejores obreros, sino de poder proveer actividades de naturaleza mucho más sintética, que exigen una preparación política, administrativa, militar, preparación que puede surgir, con la garantía de ser la que

corresponde exactamente a las tareas históricas precisas de la revolución proletaria, sólo en un organismo que, como el partido político, posea, por una parte, una visión histórica general del proceso de la revolución y de sus exigencias y, por la otra, una severa disciplina organizativa que asegure la subordinación de todas las funciones particulares a la finalidad general de clase.

Un partido es un conjunto de personas que tienen las mismas concepciones generales del desarrollo de la historia, que tienen una noción precisa de las finalidades de la clase que representan, y que tienen preparado un sistema de soluciones de los diferentes problemas que el proletariado enfrentará cuando devenga la clase gobernante. Por ello, el gobierno de clase sólo podrá ser gobierno de partido. Limitándonos a señalar estas consideraciones que un estudio aun superficial de la revolución rusa pone muy en evidencia, pasamos a considerar el aspecto anterior del asunto, es decir, la demostración que aun la acción revolucionaria de clase contra el poder burgués sólo puede ser una acción de partido.

Ante todo, es evidente que el proletariado no estaría maduro para afrontar los difícilísimos problemas del período de su dictadura, si el órgano indispensable para resolverlos, el partido, no hubiese comenzado desde mucho antes a constituir el cuerpo de sus doctrinas y de sus experiencias.

Pero aun para las necesidades directas de la lucha que debe culminar en el derrocamiento revolucionario de la burguesía, el partido es el órgano indispensable de toda la acción de la clase; más aun, no se puede hablar lógicamente de verdadera acción de clase (esto es, que sobrepase los límites de los intereses de categorías o de los problemillas contingentes) mientras no se esté en presencia de una acción de partido.

\* \* \*

En sus líneas generales, la tarea del partido proletario en el proceso histórico se presenta así.

Las relaciones de la economía y de la vida social capitalista se vuelven a cada momento intolerables a los proletarios, empujando a estos últimos a tratar de superarlas. A través de complejas vicisitudes, los que son víctimas de estas relaciones llegan a constatar la insuficiencia de los recursos individuales en esta lucha instintiva contra las condiciones de malestar y de privación comunes a un gran número de individuos, y son empujados a experimentar las formas de acción colectiva para aumentar, por medio de la asociación, el peso de su propia influencia sobre la situación social que les es impuesta. Pero la sucesión de estas experiencias, en el curso del desarrollo de la actual forma social capitalista, conduce a constatar que los trabajadores no conseguirán una influencia real sobre su propio destino sino cuando hayan extendido el tejido de la asociación de sus esfuerzos más allá de todos los límites de agrupamientos locales, nacionales, profesionales, y cuando los hayan orientado hacia un objetivo vasto e integral que se concrete en el derrocamiento del poder político burgués - por cuanto, mientras las actuales estructuras políticas se mantengan en pie, su función será la de anular todos los esfuerzos de la clase proletaria para substraerse a la explotación.

Los primeros grupos de proletarios que alcanzan esta conciencia son los que intervienen en los movimientos de sus compañeros de clase y, a través de la crítica de sus esfuerzos, de los resultados obtenidos, de los errores y de las desilusiones,

llevan a un número creciente de ellos sobre el terreno de aquella lucha general y por el objetivo final que es la lucha por el poder, la lucha política, la lucha revolucionaria.

Así aumenta primero el número de los trabajadores convencidos que sólo con la lucha final revolucionaria será resuelto el problema de sus condiciones de vida y, al mismo tiempo, se refuerzan las filas de los que están dispuestos a afrontar las privaciones y los sacrificios inevitables de la lucha, poniéndose a la cabeza de las masas empujadas a rebelarse por sus sufrimientos, para dar una utilización racional y una eficacia segura a sus esfuerzos.

La tarea indispensable del partido se ejerce pues de dos maneras: como hecho de conciencia primero, y luego como hecho de voluntad. La primera se traduce en una concepción teórica del proceso revolucionario, que debe ser común a todos los adherentes; la segunda, en la aceptación de una disciplina precisa que asegure la coordinación y, por lo tanto, el éxito de la acción.

Naturalmente, este proceso de perfeccionamiento de las energías de clase no se ha desarrollado jamás, ni puede desarrollarse, de manera perfectamente progresiva y continua. Conoce interrupciones, retrocesos, desfases, y los partidos proletarios pierden muchas veces los caracteres esenciales que se habían ido formando poco a poco y se vuelven incapaces para realizar sus tareas históricas. En general, la influencia misma de fenómenos particulares del mundo capitalista hace a menudo que se les escape de las manos a los partidos su función principal, que es la de concentrar y canalizar hacia el objetivo final y único de la revolución los impulsos que surgen del movimiento de los diversos grupos; aquellos partidos se reducen entonces a defender soluciones y satisfacciones más inmediatas de los mismos, degenerando así en la doctrina y en la práctica, al admitir que el proletariado pueda encontrar condiciones de útil equilibrio en el marco del régimen capitalista, al consagrarse en su política a objetivos parciales y contingentes, encaminándose sobre la pendiente de la colaboración.

A estos fenómenos de degeneración que han culminado en la gran guerra mundial, les ha sucedido un periodo de sana reacción; los partidos de clase inspirados en las directivas revolucionarias - los únicos que verdaderamente son partidos de clase - se han reconstituido por todas partes y se organizan en la Tercera Internacional, cuya doctrina y cuya acción son explícitamente revolucionarias y «maximalistas».

Por esto, y en una fase en que todo hace suponer decisiva, se reanuda en torno a los partidos comunistas el movimiento de la unificación revolucionaria de las masas, del encuadramiento de sus fuerzas para la acción revolucionaria final. Pero, una vez más, el proceso no puede ser reducido a la inmediata simplicidad de una regla; el mismo presenta difíciles problemas de táctica, no excluye fracasos parciales aún graves, y suscita cuestiones que apasionan grandemente a los militantes de la organización revolucionaria mundial.

\* \* \*

Sistematizada en los marcos de su doctrina, la nueva Internacional debe trazar todavía un plan general de sus métodos tácticos. En el movimiento comunista de los diversos países surgen una serie de interrogantes; se inscriben las cuestiones tácticas en el orden del día. Una vez establecido que el partido político es el órgano revolucionario indispensable, una vez puesto fuera de discusión con las

resoluciones teóricas del segundo congreso mundial, que constituye el punto de partida del artículo precedente, que el partido sólo puede ser una fracción de la clase, se plantea el problema de saber más precisamente qué extensión debe tener la organización del partido, qué relaciones debe realizar entre sus propios efectivos y las masas que encuadra.

Existe - o se dice que existe - una tendencia que quiere «partidos pequeños» purísimos, que casi se complacería en alejarse del contacto con las grandes masas, acusándolas de poca conciencia y capacidad revolucionarias. Se critica vivamente a esta tendencia, y se la define, no sabemos si es con más razón que con demagogia, como «oportunismo de izquierda», mientras que ese nombre convendría más bien reservarlo a las corrientes que, al negar la función del partido político, pretenden que pueda existir un vasto encuadramiento revolucionario de las masas a través de formas de organización puramente económicas, sindicales.

Se trata pues de examinar un poco más a fondo esta cuestión de las relaciones del partido con las masas. Está bien, el partido es una fracción de la clase; pero ¿cómo establecer el valor numérico de esta fracción? Queremos decir aquí que si existe una manifestación del error voluntarista, y por lo tanto de específico «oportunismo» (ahora oportunismo quiere decir herejía) antimarxista, es la de querer fijar a priori el valor de esta relación como una regla organizativa, es la de querer establecer que el partido comunista deba tener como militantes, o como simpatizantes, a un número de trabajadores que esté por encima o por debajo de una cierta fracción de la masa proletaria.

Si el proceso de formación de los partidos comunistas, hecho de escisiones y de fusiones, se juzgase según una regla numérica, es decir, la de cortar en los partidos demasiado numerosos, y la de encolar a toda costa añadiduras a los demasiado pequeños, se cometería el más risible de los errores, sin comprender que ese proceso debe ser presidido por normas cualitativas y políticas, y que en gran parte se elabora en el curso de las repercusiones dialécticas de la historia, estando lejos de una legislación organizativa que quisiese asumir demasiado la tarea de vaciar los partidos en un molde para que salgan con las dimensiones consideradas apropiadas y deseables.

Lo que puede asumirse como base indiscutible de tal discusión táctica es que es preferible que los partidos sean lo más numerosos posible, que logren arrastrar en torno suyo a los más amplios estratos de las masas. No existe ningún comunista que eleve a la altura de un principio el ser poco numerosos y estar bien encerrados en la «torre de marfil» de la pureza. Es indiscutible que la fuerza numérica del partido y el fervor del consenso proletario en torno suyo son condiciones revolucionarias favorables, son los indicios seguros de la madurez del desarrollo de las energías proletarias y, por lo tanto, no existe nadie que no desee que los partidos comunistas progresen en ese sentido.

No existe pues una relación definida o definible entre los efectivos del partido y la gran masa de los trabajadores. Una vez establecido que el partido cumple su función como minoría, sería bizantinismo indagar si debe ser una minoría pequeña o grande. Es cierto que mientras el desarrollo del capitalismo en sus choques y conflictos internos, en los cuales germinan las tendencias revolucionarias, está en su etapa inicial, mientras la revolución aparece como una perspectiva lejana, el partido de clase, el partido comunista, sólo puede estar formado por pequeños grupos de precursores que poseen una capacidad especial para entender las

perspectivas de la historia, y que la parte de la masa que lo comprende y lo sigue no puede ser extensa. A su vez, cuando la crisis revolucionaria amenaza y las relaciones burguesas de producción se vuelven cada vez más intolerables, las filas del partido crecen numéricamente, aumentando también su arrastre en medio del proletariado.

Si la época actual es, en la firme convicción de todos los comunistas, una época revolucionaria, se desprende de ello que en todos los países deberíamos tener partidos numerosos y con una amplia influencia sobre vastas capas del proletariado. Pero donde esto no se haya realizado todavía, a pesar de que haya pruebas irrefutables de la agudeza de la crisis y de la inminencia de su precipitación, las causas de esta deficiencia son tan complejas que sería sumamente ligero concluir que, si el partido es demasiado pequeño y poco influyente, sea necesario dilatarlo artificialmente agregándole otros partidos y pedazos de partidos, en cuyas filas se encuentren los elementos que están ligados a las masas. La oportunidad de aceptar en las filas del partido comunista otros elementos organizados o, por el contrario, la de excluir de los partidos pleróticos a una parte de sus miembros, no puede resultar de una valoración aritmética, de una infantil contradicción estadística.

\* \* \*

Tanto dentro como fuera de Europa, la formación de los partidos comunistas se ha desarrollado - exceptuando el partido bolchevique ruso - a un ritmo aceleradísimo, porque a un ritmo aceleradísimo la guerra ha abierto de par en par las puertas a la crisis del régimen. Las masas proletarias no pueden formarse una conciencia política segura siguiendo una vía gradual, sino que son empujadas y vueltas a empujar en medio de las exigencias de la acción revolucionaria, como por las olas de un mar tormentoso. Por otro lado, sobrevive la influencia tradicional de los métodos socialdemócratas, y los propios partidos socialdemócratas permanecen en la escena para sabotear el proceso de clarificación en total beneficio de la burguesía.

En los momentos en que el problema del desenlace de la crisis alcanza el punto crítico y el problema del poder se impone a las masas, el juego de los socialdemócratas se vuelve terriblemente evidente, porque frente al dilema: dictadura proletaria o dictadura burguesa, cuando ya no se puede esquivar la elección, ellos eligen la complicidad con la burguesía. Pero cuando esta situación, aunque se vaya aproximando, no se ha concretado todavía, una parte notable de las masas sufre la vieja influencia de los socialtraidores. Por otro lado, es inevitable que, cuando las probabilidades revolucionarias dan señales de disminuir - aunque sea sólo en apariencia -, o cuando la burguesía comienza a desplegar fuerzas de resistencia inesperadas, el movimiento de los partidos comunistas pierda momentáneamente terreno en el campo de la organización como en el del encuadramiento de las masas.

En el marco general del seguro desarrollo de la Internacional revolucionaria, la inestabilidad de la situación actual podrá presentarnos estas alternativas; y si es indiscutible que la táctica comunista debe tratar de afrontar tales circunstancias desfavorables, no es menos cierto que sería absurdo esperar eliminarlas con fórmulas tácticas, así como sería excesivo dejarnos inducir a conclusiones pesimistas.

En la hipótesis abstracta del desarrollo continuo de las energías revolucionarias de la masa, el partido va aumentando continuamente sus propias fuerzas numéricas y políticas, crece cuantitativamente, permaneciendo cualitativamente igual, mientras crece la proporción de los comunistas respecto a los proletarios.

En la situación real, en la cual los variados factores constantemente cambiantes del ambiente social se reflejan de manera compleja sobre las disposiciones de las masas, el partido comunista - que aunque sea el conjunto de aquellos que conocen y comprenden mejor que el resto de la masa los caracteres de aquel desarrollo, no deja de ser un efecto de ese mismo desarrollo - no puede dejar de sufrir esas alternativas, y a pesar de actuar constantemente como un factor de aceleración revolucionario, no puede, gracias a un refinamiento del método cualquiera, forzar o invertir la esencia fundamental de las situaciones.

Pero el peor de todos los remedios que puedan servir para remediar los reflejos desfavorables de las situaciones, sería el de hacer periódicamente un proceso a los principios teóricos y organizativos en los que está basado el partido, con el propósito de modificar la extensión de su zona de contacto con la masa. En las situaciones en que merma la predisposición revolucionaria de las masas, lo que algunos llaman llevar el partido hacia la masa equivale muchas veces - desnaturalizando los caracteres del partido - a despojarlo precisamente de aquellas cualidades que pueden hacerlo capaz de influenciar las masas en el sentido de hacerles reemprender el movimiento hacia adelante. Una vez que los partidos comunistas están basados sólidamente sobre los resultados de la doctrina y de la experiencia histórica acerca de los caracteres precisos del proceso revolucionario - resultados que sólo pueden ser internacionales, y dar lugar pues a normas internacionales -, su fisonomía organizativa debe considerarse como definida, y debe admitirse que su facultad de atraer y de potenciar a las masas dependerá de su fidelidad a una estricta disciplina programática y organizativa.

Al estar dotado de una conciencia teórica, apoyada en las experiencias internacionales del movimiento, que lo vuelve capaz de afrontar las exigencias de la lucha revolucionaria, el partido comunista tiene la garantía - aun cuando las masas se alejen parcialmente de su lado en ciertas fases de su vida - de tenerlas en torno suyo cuando se planteen aquellos problemas revolucionarios que sólo admiten como solución aquella que está trazada en sus programas. Cuando las exigencias de la acción mostrarán la necesidad de un aparato dirigente centralizado y disciplinado, el partido comunista, habiendo inspirado su constitución en tales criterios, vendrá a ponerse a la cabeza de las masas en movimiento.

De todo ello, queremos sacar la conclusión de que los criterios que deben servir para juzgar la eficiencia de los partidos comunistas deben ser bien diferentes del control numérico «a posteriori» de sus fuerzas comparadas con las de los otros partidos que se reivindicán del proletariado. Estos criterios sólo pueden consistir en la definición exacta de las bases teóricas del programa del partido, y de la rígida disciplina interna de todas sus organizaciones y de sus miembros, que asegure la utilización del trabajo de todos para el mejor éxito de la causa revolucionaria. Toda otra forma de intervención en la composición de los partidos que no proceda lógicamente de la aplicación precisa de tales normas, no conduce más que a resultados ilusorios, y despoja al partido de clase de su fuerza revolucionaria más grande, que reside justamente en la continuidad doctrinal y organizativa de toda su predicación y de su obra, en el haber sabido «decir primero» cómo se presentaría el proceso de la lucha final entre las clases, y en el haberse dado aquel tipo de organización que corresponde bien a las exigencias del periodo decisivo.

En todas partes, esta continuidad fue destrozada en los años de la guerra de forma irreparable, y no cabía más que recomenzar. Pero el surgimiento de la Internacional

Comunista como fuerza histórica era la concreción, sobre la base de clarísimas experiencias revolucionarias decisivas, de aquellas líneas sobre las cuales el movimiento proletario podía reorganizarse en todos los países. Por lo tanto, la primera condición del éxito revolucionario del proletariado mundial es el logro de una estabilización organizativa de la Internacional que comunique por doquier a las masas un sentimiento de decisión y de seguridad, que sepa ganárselas aun sabiendo esperarlas allí donde es indispensable que el desarrollo de la crisis actúe sobre ellas, allí donde es inevitable que ellas retornen todavía a ciertas experiencias siguiendo los insidiosos consejos socialdemócratas. No existen recetas mejores para escapar a tal necesidad.

El segundo congreso de la Tercera Internacional entendió estas necesidades. Al inicio de la nueva época que debía desembocar en la revolución, se trataba de fijar los puntos de partida de un trabajo internacional de organización y de preparación revolucionarias. Tal vez hubiera sido mejor que el congreso, en vez de tratar los argumentos en el orden en que lo hizo en las diferentes tesis, todas ellas teórico-tácticas, hubiese fijado las bases fundamentales de la concepción teórica y programática del comunismo, sobre cuya aceptación debería fundarse en primer lugar la organización de todos los partidos adherentes; y hubiese formulado después las normas fundamentales de acción frente al problema sindical, agrario, colonial, etc., etc., a cuyo acatamiento disciplinado todos sus miembros están obligados. Pero todo ello existe en el cuerpo de las resoluciones salidas del segundo congreso, y está excelentemente resumido en las tesis sobre las condiciones de admisión de los partidos.

Lo esencial es considerar la aplicación de las condiciones de admisión como un acto constitutivo y organizativo inicial de la Internacional, como una operación que debe ser realizada de una vez por todas para sacar a las fuerzas organizadas u organizables a encuadrar en la nueva Internacional del caos al que estaba reducido el movimiento político del proletariado.

Nunca se procederá suficientemente rápido para sistematizar el movimiento internacional en base a tales normas internacionalmente obligatorias, porque tal como lo hemos dicho, la gran fuerza que debe guiarlo en el cumplimiento de su tarea de propulsor de las energías revolucionarias, es la demostración de una continuidad en el pensamiento y en la acción hacia una meta precisa, que un día aparecerá a los ojos de las masas, provocando su polarización hacia el partido de vanguardia y, con ello, las mejores probabilidades de victoria en la revolución.

Si de esta sistematización primordial, pero definitiva en el sentido organizativo, del movimiento, surgen en ciertos países partidos con una escasa fuerza numérica aparente, se podrá estudiar, y con mucha utilidad, las causas de tal hecho, pero sería absurdo querer cambiar las normas y volver a intentar su aplicación con el propósito de lograr otra relación de fuerzas numéricas entre el partido y la masa de otros partidos.

Con esto no se haría más que volver inútil y frustrar todo el trabajo realizado en el primer periodo organizativo, recomenzando de nuevo, y dejando subsistir la eventualidad de recomenzar aún otras veces la obra de preparación, perdiendo así ciertamente el tiempo, en vez de ganarlo.

Y ello es más valedero aún a escala internacional, cuanto que una tal interpretación de las normas internacionales de organización, al volverlas susceptibles de ser siempre revocadas, y al crear precedentes en que se haya aceptado «rehacer» a los

partidos (tal como en el caso de una primera tentativa fracasada de fusión se vuelve a fundir el metal para rehacer la estatua), despojaría de toda autoridad y de todo prestigio a las «condiciones» que la Internacional impuso a los partidos y a los individuos que quieren adherirse, difiriendo al infinito la estabilización de los cuadros del ejército revolucionario, en el cual siempre nuevos oficiales podrían aspirar a entrar «conservando las ventajas del grado».

No se debe pues optar por los partidos grandes o por los pequeños; no se debe pretender que se tenga que invertir todas las bases de ciertos partidos con el pretexto de que no son «partidos de masa»; se debe exigir que los partidos comunistas se funden en todas partes sobre sólidas normas de organización programáticas y tácticas, en las cuales se compendian las mejores experiencias internacionalmente adquiridas de la lucha revolucionaria.

Por más difícil que sea ponerlo en evidencia sin larguísimas consideraciones y citas de hechos sacados de la vida del movimiento proletario, todo esto no procede de un deseo abstracto y estéril de tener, de ver partidos puros, perfectos, ortodoxos, sino precisamente de la preocupación de alcanzar, de la manera más eficiente y segura, la realización de las tareas revolucionarias del partido de clase.

Este jamás estará tan seguramente rodeado por las masas, éstas jamás encontrarán un baluarte tan seguro de su conciencia clasista y de su potencia, sino cuando los antecedentes del partido hayan marcado una continuidad de movimiento hacia los objetivos revolucionarios, aun sin y contra las propias masas en las horas desfavorables. Las masas jamás podrán ser ganadas eficazmente si no lo son contra sus jefes oportunistas, lo que quiere decir que es necesario ganarlas disgregando las tramas de las organizaciones de los partidos no comunistas que todavía tienen influencia sobre ellas, absorbiendo a los elementos proletarios en los marcos de la organización sólida y bien definida del partido comunista. Este es el único método con un rendimiento útil, con un éxito práctico seguro.

Todo esto corresponde exactamente a lo que Marx y Engels sostenían frente al movimiento disidente de los lassalleanos.

Por estas razones, la Internacional Comunista debería considerar con la mayor desconfianza a todos los elementos y grupos que se le arriman con reservas teóricas y tácticas. Admitimos que este juicio no puede ser reducido a una absoluta uniformidad de apreciación internacional, que no puede prescindir de la apreciación de ciertas condiciones especiales de los países en los que se ven fuerzas limitadas agruparse sobre el terreno preciso del comunismo. Pero en este juicio no debe darse ninguna importancia al hecho, tomado en el sentido numérico, de que el partido comunista existente sea pequeño o grande, para deducir de ello la oportunidad de ensanchar o de restringir los criterios de admisión de elementos y, lo que es peor aún, de agrupaciones que aún están más o menos incompletamente ganados a las tesis y a los métodos de la Internacional. Estas adquisiciones no serían adquisiciones de fuerzas positivas; en lugar de aportarnos nuevas masas, nos harían correr el riesgo de comprometer aquel claro proceso de conquista de las masas, que debemos desear sea el más rápido posible, pero sin hacer jugar incautamente tal deseo en un sentido que puede, por el contrario, diferir el éxito sólido y definitivo.

Es necesario incorporar a la táctica de la Internacional, a los criterios fundamentales que dictan su aplicación, y a los complejos problemas que presenta la práctica, ciertas normas que han dado constantemente óptimas pruebas: la intransigencia absoluta frente a los partidos aun afines, considerando sus consecuencias futuras,

y pasando por encima de la consideración contingente de que pueda ser conveniente apresurar el desarrollo de ciertas situaciones; la disciplina de los adherentes, tomando en cuenta no sólo su observancia actual, sino también la acción anterior de los mismos, con la máxima desconfianza frente a las conversiones, el criterio de considerar a los individuos y grupos según sus responsabilidades pasadas en lugar de reconocerles el derecho permanente de contraer o rescindir el «enganche» en el ejército comunista. Todo esto, aun cuando parezca encerrar momentáneamente al partido en un círculo demasiado estrecho, no es un lujo teórico, sino un método táctico con un rendimiento muy seguro en el futuro.

Mil ejemplos demuestran que se encuentran mal y son poco útiles en nuestros cuadros los revolucionarios de última hora, esto es, aquellos que por condiciones especiales se dejaban dictar orientaciones reformistas, y hoy son llevados a adoptar las directivas comunistas fundamentales porque están sugestionados por consideraciones a menudo demasiado optimistas sobre la inminencia de la revolución. Bastará una nueva oscilación de la situación -¿y quién puede decir en la guerra cuentas alternativas de avances y retrocesos precederán a la victoria final? - para que estos elementos retornen a su oportunismo pasado, echando a perder el contenido de nuestra organización.

El movimiento comunista internacional debe estar compuesto no sólo por los que están firmemente convencidos de la necesidad de la revolución, que están dispuestos a luchar por ella a costa de cualquier sacrificio, sino también por los que están decididos a moverse sobre el terreno revolucionario aun si las dificultades de la lucha indicarán que la meta es más abrupta y menos cercana.

En el momento de la crisis revolucionaria aguda, obrando sobre la sólida base de nuestra organización internacional, polarizaremos en torno nuestro a los elementos que hoy están todavía indecisos, y prevaleceremos sobre los partidos socialdemócratas de todos los matices.

Si las posibilidades revolucionarias fuesen menos inmediatas, no correremos ni por un instante el riesgo de dejarnos distraer del tejer nuestra red de preparación y replegarnos hacia la solución de otros problemas contingentes, con lo cual sólo la burguesía sacaría provecho.

\* \* \*

Otro aspecto del problema táctico que se plantea a los partidos comunistas es el de la elección del momento en que deben lanzar las consignas para la acción, ya se trate de una acción secundaria o de la acción final.

Hoy se discute por eso apasionadamente sobre la «táctica ofensiva» de los partidos comunistas, que consiste en poseer un cierto encuadramiento y armamento de sus miembros y de los partidarios más próximos, y utilizarlo en el momento oportuno en acciones ofensivas destinadas a arrastrar a las masas a un movimiento general, o también a realizar acciones demostrativas y responder a las ofensivas reaccionarias de la burguesía.

También aquí se configuran habitualmente dos apreciaciones opuestas del problema, de las cuales probablemente ningún comunista asumiría la paternidad.

Ningún comunista puede presentar objeciones contra el empleo de la acción armada, de las represalias, incluso del terror, y negar que el partido comunista deba ser el gerente directo de estas formas de acción que exigen disciplina y organización.

Asimismo, es infantil la concepción según la cual el empleo de la violencia y las acciones armadas están reservadas para el «gran día» en que será lanzada la lucha suprema por la conquista del poder. Se encuentra ínsito en la realidad del desarrollo revolucionario que se produzcan choques sangrientos entre el proletariado y la burguesía antes de la lucha final: no sólo en el sentido de tentativas proletarias no coronadas por el éxito, sino también de los inevitables encuentros parciales y transitorios entre grupos proletarios impulsados a sublevarse y las fuerzas de la defensa burguesa, y aun entre escuadras de las «guardias blancas» burguesas y trabajadores atacados y provocados por éstas. Y tampoco es justo afirmar que los partidos comunistas deban desautorizar tales acciones y reservar todo el esfuerzo para un cierto momento final, pues para toda lucha es necesario un entrenamiento y un período de instrucción, y la capacidad revolucionaria de encuadramiento del partido debe comenzar a formarse y a probarse en estas acciones preliminares.

Sin embargo, daría una interpretación errónea de estas consideraciones quien concibiese, pura y simplemente, la acción del partido político de clase como la de un estado mayor, de cuya voluntad dependa exclusivamente el desplazamiento de las fuerzas armadas y su empleo, y quien se construyese la imaginaria perspectiva táctica de un partido que, luego de haberse creado una red militar, en un cierto momento, cuando la crea bastante desarrollada, lance un ataque creyendo poder derrotar con aquellas fuerzas las fuerzas defensivas burguesas.

La acción ofensiva del partido sólo es concebible cuando las situaciones económicas y sociales reales ponen en movimiento a las masas para solucionar problemas que conciernen directamente a su destino y quela conciernen en su más amplia extensión, creando una profunda agitación cuyo desarrollo en el verdadero sentido revolucionario exige indispensablemente la intervención del partido para fijarle claramente los objetivos generales, para encuadrarla en una acción racional bien organizada, incluso desde el punto de vista de la técnica militar. Es indudable que, aun en ciertos movimientos parciales de las masas, la preparación revolucionaria del partido puede comenzar a traducirse en acciones prefijadas; así, un indispensable medio táctico es la represalia frente al terror de los guardias blancos que tiende a dar al proletariado la sensación de ser definitivamente más débil que el adversario, y a hacerlo desistir de la preparación revolucionaria.

Pero la creencia de que con el juego de estas fuerzas, aunque estén excelente y ampliamente organizadas, se pueda desplazar las situaciones y provocar, a partir de una situación de estancamiento, la puesta en marcha de la lucha general revolucionaria, es todavía una concepción voluntarista que no puede y no debe encontrar lugar en los métodos de la Internacional marxista.

No se crean ni los partidos ni las revoluciones. Se dirigen los partidos y las revoluciones, unificando las experiencias revolucionarias internacionales útiles, en vista de asegurar los mejores coeficientes a la victoria del proletariado en la batalla que es el desemboque infalible de la época histórica en que vivimos. Nos parece que ésta debe ser la conclusión.

Los criterios fundamentales para dirigir la acción de las masas, que aparecen en las normas organizativas y tácticas que la Internacional debe fijar para todos los partidos adherentes, no pueden alcanzar el límite ilusorio de la manipulación directa de partidos con todas las dimensiones y características aptas para garantizar la revolución, sino que deben inspirarse en las consideraciones de la dialéctica marxista, basándose sobre todo en la claridad y la homogeneidad programática por

un lado, y, por el otro, en la disciplina táctica centralizadora.

Nos parece que las desviaciones «oportunistas» de la buena vía son dos. La que deduce la naturaleza y los caracteres del partido de la apreciación, en una situación dada, de poder agrupar, o no, fuerzas notables; o sea, la que se hace dictar por las situaciones las normas organizativas del partido, para darle desde el exterior una constitución diferente de la constitución a la cual la situación lo ha conducido. La otra es la que cree que un partido con tal de que sea numeroso y alcance a tener una preparación militar, pueda provocar las situaciones revolucionarias dando órdenes de ataque; o sea, la que pretende crear las situaciones históricas con la voluntad del partido.

Sea cual fuere la desviación de «izquierda» o de «derecha», es claro que ambas se alejan de la sana vía marxista. En el primer caso, se renuncia a lo que puede y debe ser la legítima intervención de una sistematización internacional del movimiento, a ese tanto de influencia que nuestra voluntad puede y debe ejercer sobre el desarrollo del proceso revolucionario, y que proviene de una conciencia y experiencia histórica precisas; en el otro caso, se atribuye a la voluntad de minorías una influencia excesiva e irreal, corriendo así el riesgo de provocar solamente derrotas desastrosas.

Los revolucionarios comunistas deben, por el contrario, ser aquellos que, templados colectivamente por las experiencias de la lucha contra las degeneraciones del movimiento del proletariado, creen firmemente en la revolución y quieren firmemente la revolución, pero no con la fe y con el deseo que se tiene de conseguir el saldo de un pago, expuestos a ceder a la desesperación y a la desconfianza si la letra de cambio venció el día anterior.

#### **Correspondencia**

**España:** Apdo. Correos 27023 - 28080  
Madrid

**Italia :** Il Comunista - C.P. 10835 -  
20110 Milano

**Francia :** Programme - B.P. 57428 -  
69007 Lyon Cedex 07

**Suiza :** Editions programme - Ch. de  
la Roche 3 - 1020 Renens

Visita el sitio del Partido :  
[www.pcint.org](http://www.pcint.org)

**Adresse e-mail :**  
[elprogramacomunista@pcint.org](mailto:elprogramacomunista@pcint.org)

Para conocer nuestras publicaciones:  
consulte nuestra página internet

Ediciones «el programa comunista»